BIBLIOTECA POPULAR "HOGAR"

HISTORIAS DE ENFERMOS: : :

POR EL

Dr. HERMILIO VALDIZAN

Médico-Director del Asilo "Víctor Larco Herrera"

CIVDAD DE LOS REYES [illegible] PERV

TALLERES GRÁFICOS DEL ASILO «VÍCTOR LARCO HERRERA»
IMPRESOR: César Torres Benavides.

HISTORIAS DE ENFERMOS

INDICE

El año de 1915 publiqué mis *Historias de enfermos* en las páginas médicas de "La Prensa" de Lima. Al publicarlas me animaba un sólo propósito y debo confesar que logré realizarlo cumplidamente: deseaba formar, en el público de Lima, una *consciencia psiquiátrica*, si se me permite la expresión; anhelaba, vivamente, obligar al público de Lima a aceptar la especialización médica en *Psiquiatría*, de manera análoga a como la aceptaba, de buen grado, en *Pediatría*, en *Ginecología*, etc. Y creí que me servirían para ello unas cuantas historias clínicas tomadas a mi libro de anotaciones de estudiante y de médico.

La primera historia publicada fué la que lleva el título de "*La madrecita*" A raíz de esta publicación recibí algunas comunicaciones interesantes: se me

preguntaba si "era verdad" todo lo dicho; se me interrogaba respecto al significado del retardo de la aparición de la palabra en los niños; se me pedía "remedios" para curar algún caso semejante. Habitualmente perezoso en la atención de mi correspondencia, fuí solícito en la respuesta a esos corresponsales; por que comprendí todo el provecho cultural que representaba satisfacer, en la medida de lo posible, aquel interés que "*La madrecita*" había logrado suscitar. Publicada la historia que lleva por título "Rosas de Otoño", alguno de los corresponsales aventuraba un nombre para el personaje de la historia.

Y al mismo tiempo que recibía tales comunicaciones, me era dado observar que aquella *consciencia psiquiátrica* que era un anhelo mío, comenzaba a formarse: las gentes comenzaban a creer en la necesidad de una medicina especializada en el tratamiento de las enfermedades del espíritu y en aquella de conceder al espíritu cuidados y atenciones que se conceden a los ojos, a la garganta, etc.

Asi, pues, mis "*Historias de enfermos*" habían llegado a donde yo quise que llegasen: al alma de la multitud.

De mi producción gráfica, tan abundante como inofensiva, conservo el mayor cariño para tres estudios, destinados todos ellos a la divulgación: una *Cartilla de propaganda anti tuberculosa*, publicada, en 1910, en colaboración con CARLOS MONGE; una *Cartilla de Higiene Mental*, publicada en 1922, en colaboración con HONORIO F. DELGADO; y estas *Historias de Enfermos* que un editor bondadoso colecciona hoy en un pequeño libro.

En el frontispicio de este pequeño libro humilde, vá un nombre ilustre en España y en la América Española: el de D. SANTIAGO RAMÓN CAJAL.

¿Por qué dedicar estas *Historias de Enfermos* al genio de la raza, a aquel cuya producción científica ha obligado al mundo durante un cuarto de siglo, a pensar en la eternidad del genio español?.

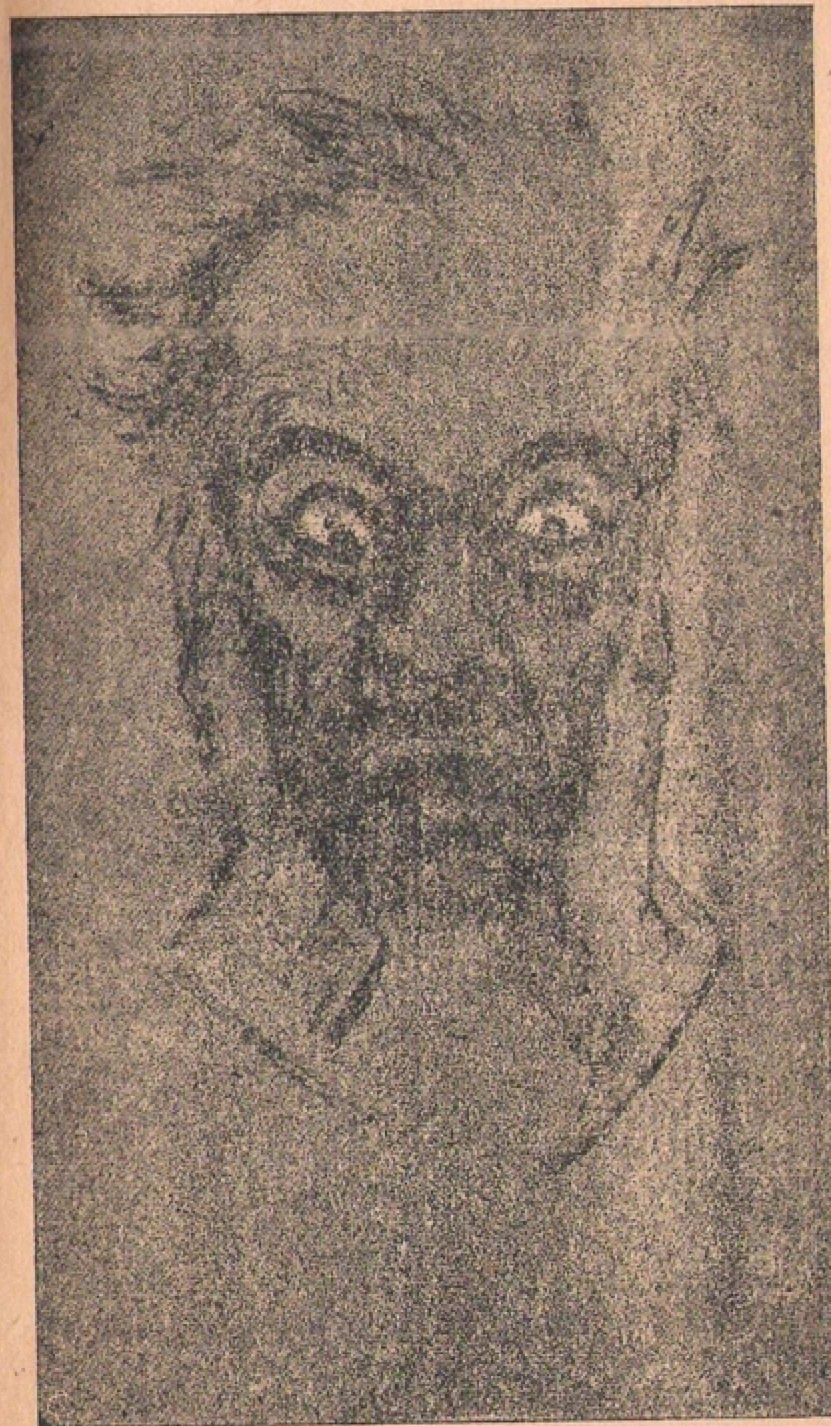
Es el pago de una deuda de gratitud.

Hace un par de años que envié a D. SANTIAGO RAMÓN CAJAL algunos de mis trabajos en Psiquiatría y en Historia de la Medicina y él tuvo la bondad de escribirme una carta que conservo como verdadero tesoro; uno de esos documentos, plenos de bondad y de estimulaciones, que deben mantenerse inéditos en el santuario del hogar, a cubierto de una profanadora publicidad.

A *El*, que sembró con generosidad y con provecho, dedico esta obra de sembrador.

DR. HERMILIO VALDIZÁN.

A Don
Santiago Ramón Cajal



LA MADRECITA

Ella ha nacido en un caserío situado a pocos kilómetros de la ciudad de Bologna; uno de esos caseríos que pasan como una visión cinematográfica ante el viajero que recorre en ferrocarril la distancia que separa la *ciudad docta* de la pequeña y simpática ciudad de Módena; uno de esos grupos de media docena de casas, casi ocultas por la nieve, que evocan en nuestra memoria el recuerdo de los cuentos de hadas y de gnomos, escuchados en los días buenos y amables de la vida, cuando eran negros los cabellos que enmarcaban el rostro de nuestras madres y eran rubios los cabellos que enmarcaban nuestros rostros de niños de la impenitente curiosidad. Ella recuerda bien los primeros años de su vida; guarda memoria nítida de los lejanos días tristes de invierno, cuando la locomotora cruzaba, como una visión fantástica, por entre las montañas de hielo; cuando los pocos árboles del caserío habían abandonado al viento sus hojas amarillentas y sus flores marchitas. Ella recuerda bien y, evocando los tiempos idos, inclina el cuerpo; sus

gruesos labios que parecen mendigar un beso, se abren para dar paso a un sonido que imita el silbato de la locomotora:

—Oigan ustedes—dice Ella—es el tren que pasa... Mamá me dice curiosona y yo no soy curiosa... Lo que yo quiero es mi hijito, mi hijito lindo...

La mujer gruesa y rubicunda, cuya corpulencia denuncia la salud admirable de las campesinas y cuya cara roja nos dice del pecaminoso empleo de un mosto pacientemente envejecido en las bodegas, se precipita sobre un libro abandonado sobre la mesa; lo toma amorosamente entre sus brazos y lo arrulla como si se tratase de un niño. Es de ver entonces cómo cambia aquella fisonomía vulgar, que parece la negación de la mímica del amor; es de ver cómo se anima y cómo ofrece los aspectos de la fisonomía de las madres en presencia de sus pequeños. Hay en los ojos inexpresivos de esta mujer, fijos en el libro que simboliza el hijo, aquella mirada, plena de amor y de orgullo con que las madres contemplan a sus hijos; hay en aquellos ojos esa misma mirada, de desafío al mundo entero, que parece deciros al corazón:

—Este es mi hijo; y es lindo; y es el más lindo de todos los niños... Y ¡ay! de quien le toque... Y ¡ay! de quien pretenda hacerle daño...

La mujer gruesa y rubicunda; esta mujer que os daría un disgusto acariciandoos con sus grandes manos poco limpias (a despecho de la solicitud de las enfermeras); esta mujerona que ahora acaricia un libro, como ya ha acariciado un fragmento de tiza y cómo ha de acariciar el primer objeto que consiga atraer su atención movible, no debe guardar un muy grato recuerdo de su lejana infancia: el padre alcohólico era uno de esos campesinos que ríen socarronamente escuchando la advertencia de abstención hecha por el médico; uno de esos rústicos que toman en broma los consejos de la medicina y que, contrariando estos, viven muchos años, ingiriendo cuatro o cinco litros por día de un vino en cuyo origen la química no ha tomado participación alguna: ¡de uva pura! Ella recuerda que el padre era *malo;* recuerda que, muy avanzada la noche, cuando había bebido la última *dosis;* cuando el sueño y la intoxicación le invitaban al reposo, el borracho tenía la obsesión frecuente de observar a su hija, que ya dormía en el lecho humilde. Parece que el espectáculo del sueño tranquilo de su hija le irritaba grandemente pues pocas veces caía en su pesado sueño de alcohólico sin tomar en brazos a la chiquilla, que despertaba espantada, y sin golpearla duramente.

—Hasta romperme *la boquita*, dice la mujerona, procurando imitar el tono de voz de su lejana infancia.

—Pero, agrega, ahí estaba mamá, que se enojaba con el *viejo* y que me traía castañas para que yo no llorase. Y ya no lloraba... Y ¡qué ricas eran las castañas!

La pobre mujer recuerda, imprecisamente, algunos episodios correspondientes a los primeros años de su vida. Es la madre de ella la que aclara algunos de estos recuerdos; la que procura llenar las lagunas mnemónicas de la hija enferma y nos proporciona a los médicos algunas noticias interesantes:

Ella nació muy pequeñita y asfixiándose. La partera debió moverla una buena hora antes de que la chiquilla respirase y la pobre madre la dió por muerta. Pero la chiquilla vivió: "Era, dice su madre, más fuerte que *el hombre*". Así llama siempre a su marido.

La campesina sigue hablando en la misma forma; parece no conmoverse demasiado por la suerte de su hija, ni por la espectativa dolorosa de una permanencia indefinida en el Manicomio. Sabemos por ella que la sujeto fué retardada en su dentición y en su palabra y fué, en cambio, una precóz en sus primeros pasos, que realizó con la máxima seguridad a los siete meses de nacida. No sufrió enfermedad alguna en el curso de su infancia. La pubertad se anunció en la chiquilla a los trece años de edad y se presentó en forma normal y tranquila, no ocasionándola otras alarmas que aquella derivada de una molestia nueva; sin inspirarla, en manera alguna, aquellos ensueños vagos y aquellos deseos imprecisos, que inspira en la generalidad de las mujeres.

Cuenta la madre de la enferma que ésta fué echada de la Escuela a los ocho años de edad, acusada por la maestra de procurarse, con asiduidad impropia de sus años, la amistad, más o menos íntima, de los muchachos contemporáneos suyos. La madre se sorprende de este motivo de la expulsión: "Mi hija era, dice, la muchacha más dócil, la "menos contestadora". Verdad que *le gustaban los chicos* pero ¡hay tantas chicas a las que les gustan los hombres desde que comienzan a limpiarse la boca con servilleta!".

Al hacer estos comentarios asoma en la campesina el odio por la señora de la ciudad:

—Pero como una es del campo, todo es malo! Si mi hija hubiera sido una señorita de la ciudad, es claro que eso les hubiese hecho gracia... ¡Las señoras de la ciudad! Si yo las he visto que dan novio a sus hijas cuando estas están mamando todavía!...

Consolándose de la expulsión dice la madre "que fué mejor; por que si la chica no aprendió nada bueno en la Escuela, tampoco pudo aprender nada malo en ella.

En el fondo de estas referencias aparece legítima la sospecha de la *inestabilidad* de la enferma y aquella otra de su *inadaptación* a la vida escolar.

A los diez años de edad, la sujeto es sorprendida por la policía intentando la *seducción* de un granuja de algunos años menos que ella. Conducida ante el Tribunal, la chica es absuelta, contra las espectativas maternas, orientadas en el sentido de unos tribunales y unos jueces que todo lo hallan fácil cuando se trata de las buenas gentes del campo...

A los trece años, pocos meses después de establecida su menstruación, la enferma se entrega a un señorito, respecto a cuya piel hace el siguiente comentario:

—Cuando le pasaba la mano por la cara, me parecía que pasaba mis manos por el espinazo del perro de casa. Pensando en él muchas veces me pasaba los días acariciando a mi perro. ¡Pobre perro! Se murió. Lo mataron los carabineros por que estaba enfermo.

Pero ella no se ha entregado *por amor:* ella ha querido tener un hijito suyo para acariciarlo y tenerlo siempre en sus brazos, un hijito *como el que tenía una vecina*. Había interrogado a esta vecina y había sabido que para tener un hijito *como ese*, era preciso casarse. Continuó sus averiguaciones y la crudeza campesina le aclaró ciertos puntos dudosos.

Hay que oirla cuando ella refiere el tremendo desengaño; a pesar de la piel igual a la piel del perro, el maridito que ella se había conseguido no era el que ella necesitaba: ¡Casarse y no tener su hijito! No valía la pena

haberse casado. Pensó entonces en casarse nuevamente, ya que para ella la legislación del matrimonio era algo perfectamente personal, que nada tenía que ver con las muchas páginas y la letra menuda del Código. Y continuó casándose, primero en el caserío de la media docena de casas, después en la ciudad. Y nada; aquel niño con el cual soñaba con delirio; aquel niño que ella había visto tantas veces amorosamente mecido por los brazos de la vecina; aquel niño tan largamente esperado, no quería venir. La pobre ignoraba que la naturaleza, la más sabia de todas las instituciones eugénicas, ha puesto el sello de la esterilidad en todos aquellos seres que fatalmente deben dejar una negra herencia sobre la superficie de la tierra...

Ha vivido cinco años de esta vida miserable. Víctima de muchos brutos que no buscan un alma en los labios que besan, ha pasado de unos brazos a otros brazos, Y siempre desesperada de no ver llegar el hijo tan deseado, a pesar de sus averiguaciones incesantes,a pesar de sus perseverantes esfuerzos.

Hace un año, la buscona de un hijito lindo, no pudiendo tenerlo, *ha robado uno;* pero lo ha restituido pocas horas después de realizado el robo y lo ha restituído porque el hijo que ella quería debía ser suyo; debía tener la piel como la tenía el amante aquel de la piel semejante a la piel del perro victimado por los carabineros

La autoridad ha sido más severa esta vez; un comisario inteligente ha meditado juiciosamente acerca de la historia de esta *Madrecita;* ha creído que ella no está bien en las calles de Bologna; ha pensado en la obligación social de defender a esta enferma de la torpeza de quienes ríen las muecas de la insanía y de la brutalídad de quienes aprovechan las

debilidades de la psicopatía. Así ha sido resuelta la internación de la enferma en el Regio Manicomio Provincial de Bologna. Y es allí, en un diálogo sostenido por la enferma con el Profesor TONINI, primero, y con el Dr. RIVARI, después,que hemos tenido oportunidad de conocerla. ELLA, al mismo tiempo que contesta a sus interrogadores, mira coquetonamente a los alumnos de la Clínica y a los asistentes. Interrumpiendo sudiscurso alza ligeramente la burda tela de su traje y nos deja ver el principio de unas gruesas piernas cubiertas por burda media blanca. Llamada al órden, reprendida por esta pepueña inmoralidad, se molesta primero, sonríe después. Entorna los ojos, se arregla los cabellos en los cuales ha colocado un rojo clavel. Y vuelve a su hablar favorito:

—Pero, con todo, ustedes me darán un hijito mio, uno que sea mio, uno así......

Y cogiendo un sombrero, lo pone entre sus brazos y comienza a arrullarlo, a besarlo, a apretarlo contra su pecho. Interrumpe bruscamente este acariciar explosivo del sombrero y dice:

—Pero este hijito no llora y yo necesito uno que llore. Y diciendo esto, arroja el sombrero por tierra.

El exámen de esta mujer no suministra muchos datos desde el punto de vista físico: su talla es algo superior a la normal sin alcanzar las cifras de un verdadero *gigantismo.* Una acentuada asimetría craneana es lo único que de importante ofrece la inspección de la enferma.

Las funciones de la vida vegetativa se realizan normalmente en ella y sólo vale la pena de anotarse, a este respecto, la insaciable voracidad de la enferma; un apetito que no selecciona jamás, que tolerándolo todo

respecto a calidad, es exigente respecto a cantidad.

Normal la motilidad de la enferma; bueno el estado trófico de sus músculos; buena la tonocidad muscular. Realízanse normalmente los movimientos espontáneos de los ojos, de la cara, de la lengua, de las extremidades, de los dedos. Solamente mediocre la habilidad motriz de las manos; normal la fuerza muscular (dinamométrica) y normal la marcha. Los reflejos están todos presentes; la visión y la audición se ejercitan normalmente; normales el gusto y el olfato. Ligeramente disminuida la sensibilidad tegumentaria al contacto y a los estímulos dolorífico, térmico y eléctrico. Ligeramente torpe la estereognósis. Las sensaciones viscerales y las necesidades orgánicas son acusadas normalmente por la enferma.

El aspecto de la enferma es el de una cierta desorientación: la fisonomía es jovial, la mímica facial está exagerada; la voz es ligeramente áspera; la palabra es normal. La enferma no escribe ni dibuja y, por ello, no es posible pronunciarse acerca de estas formas de expresión.

El humor habitual de la enferma es variabilísimo: a momentos expansivo, deprimido a momentos; ya indiferente, ya hostil; el humor de la enferma sufre cotidianamente cambios que la hacen sujeto *laborioso* para las enfermeras del Manicomio.

La conducta de la enferma está caracterizada por una idéntica inestabilidad. En las labores del Asilo no es ella de las que mayor contribución aportan a la obra colectiva de las enfermas; es buena y es dócil; pero se fatiga, necesita cambiar frecuentemente de ocuación y orientar sus actividades en muy vaos sentidos.

La atención de la enferma es de una grandísima movilidad: muy difícil de constituirse y más difícil aún de mantenerse.

La inteligencia de la sujeto es perfectamente insuficiente, con una insuficiencia mental que correspondería al *grado medio* de la escala DE SANCTIS. Con los reactivos de BINET SIMON, ensayados en diversas ocasiones y por diversos experimentadores, se ha obtenido resultados sensiblemente constantes: la enferma supera, con cierta dificultad, las pruebas, correspondientes a los seis años de edad.

La enferma es emocionabilísima; el medio actúa rudamente sobre ella. Los gritos de dolor de una compañera de sala la hacen llorar deseperadamente; las risas de otras compañeras la hacen reir explosivamente.

Los sentimientos familiares son de una grande frialdad. Una que otra vez, interrogada respecto a su madre, se pone muy seria y pone en sus lábios una frase que quiere ser afecto: "Pobre la vieja!" Pero, muy inmediatamente después, ella justifica esta expresión:

—Ella, dice, vendrá el jueves y me traerá mandarines. Ahora "es el tiempo" de mandarines.

No tiene, ni ha tenido amigos. Guarda un hondo rencor para sus amantes:

—Ellos, dice, los inútiles, no han podido traerme mi hijito......

La música ejerce una atracción grandísima sobre esta enferma: escuchando con la mayor atención las primeras notas del piano realiza un poderoso esfuerzo de acomodación sensorial a la percepción y suplica encarecidamente que la permitan "oir de cerca".

En el Manicomio, *la Madrecita* ha hecho pocas amistades: una cretina es la única per-

sona a la cual mira con alguna simpatía; a la cual llama su "hermanita" y de la cual dice que tales sentimientos benévolos la inspira por razón de su pequeña estatura y por su pronunciación infantil de las palabras. Se trata de *una hermanita* de las más inofensivas; una hermanita que habla poco, que ríe con frecuencia y que se deja acariciar con idéntica mansedumbre que un gato o un perrillo.

Nuestra enferma es curiosa; pero apenas exige la satisfacción de esta curiosidad un mediocre esfuerzo de atención, este mismo esfuerzo parece ponerle término. Sugestionable, a despecho de su falta de atención, dotada de una credulidad inconcebible, ello representa ciertas ventajas de órden psicoterápico. Merced a estas se lleva un consuelo a las inquietudes de *la Madrecita*: ella está firmemente convencida de que el médico busca activamente al hijito tantos años y tan vanamente esperado; ella cree que un día vendrá el buen doctor trayendo en sus brazos al hijito que ella desea acariciar y arrullar y el cual deberá tener fatalmente la piel como la piel de perro de aquel primer amante no olvidado todavía.

En la jerga nosocomial que permite una cierta tolerancia en llamar a los enfermos por nombres que halagan en algo sus ideas delirantes; en esa jerga que concede a cada Manicomio su Napoleón y su Magdalena, su Edisson y su Medusa, nuestra enferma es llamada afectuosamente con el nombre de "La Madrecita" que ella ha aceptado de muy buen grado.

El tipo de mentalidad de *La Madrecita* excluye del problema diagnóstico la *idiocía*, la *imbecilidad*, el *cretinismo*, entidades mórbidas de las que, una de ellas, el cretinismo,

está excluída también por la ausencia de hechos a cargo del desarrollo óseo y de los tegumentos. Las calidades del desarrollo esquelético de La Madrecita, perfectamente ostensibles merced a la valiosa colaboración radiográfica, permiten excluir, así mismo, el *gigantismo;* puesto que no ofrece la enferma la osificación de los cartílagos de conjugación y puesto que no existe desarmonía alguna de desarrollo óseo entre el tórax y las extremidades; puesto que, finalmente, no ofrece la enferma hechos de atrofia genital que tan frecuentemente se observan en el gigantismo.

La exculpación del *senilismo* y del *mongolismo* es, no sólo posible, si no aún fácil: no presenta La Madrecita aquellos signos ostensibles característicos de tales enfermedades y tanto que han permitido describir una facies mongólica y una facies angulosa senil.

Nos queda una entidad mórbida a la cual podemos y debemos hacer responsable de los trastornos que presenta La Madrecita: el *infantilismo psíquico*.

El infantilismo psíquico no es, en buena cuenta, otra entidad mórbida que aquella constituída por la persistencia de la normal puerilidad; de esa misma puerilidad que, en una u otra forma, con variantes dependientes de condiciones personales y de educación es posible constatar en muchos sujetos normales. Recordad la orgullosa satisfacción del niño de seis años que estrena un vestido; dejad correr los años y hallaréis en el niño ya hombre la vanidad pueril del corte irreprochable o aquella de la armonía perfecta con la imposición despótica de la moda. Recordad la expresión de tristeza de la niña de seis años escuchando la lisonja dirijida a la belleza de la amiguita o al vestido de esta. Salvad la valla del tiempo y os será dado contemplar

la misma expresión de tristeza pueril en el rostro de la dama que escucha el elogio de la belleza o de la elegancia de otra dama.

En el lenguaje familiar son muchas las expresiones que aluden a esta persistencia de la puerilidad: casi todos los hombres hemos hecho alguna *niñería* o hemos sido víctimas de ella; no pocos de nosotros los hombres maduros tenemos alegrías de niño y tristezas de niño y enojos de niño. ¡Cuántas veces, en plena vida, nuestras primeras impulsiones son perfectamente pueriles y cuántas veces sólo una heroica frenación crítica nos evita que, bajo la corteza del hombre, asome el niño!

Parece como si, por ser tantas las venturas de la infancia y ser tan puros sus encantos y tan sinceras sus alegrías, a medida que la vida nos aleja de ella, mayor gusto hallamos en volver a ella la mirada y no nos resignamos a abandonarla por entero. Esta vida que tanto nos arrebata, no logra despojarnos por completo.

La Madrecita es un caso interesante de infantilismo psíquico; interesante por la relativa pureza del tipo, ya que, en el mayor número de casos, los sujetos víctimas de este infantilismo ofrecen manifestaciones, más o menos acentuadas, de los llamados infantilismos incompletos (estatural, genital, vocal, cardiovascular, etc.)

¿Dónde hallar la clave de este infantilismo psíquico de La Madrecita? Tal vez debamos pensar en el etilismo paterno, ya inveterado en la época en que La Madrecita fué concebida. El compromiso hipotiróidico, evidenciado por los beneficios obtenidos en la enferma merced al régimen tiroidiano, plantea una cuestión interesante de resolver: ¿Fué el cerebro el originariamente lesionado o fué la tiroides la primera víctima del daño biológico? ¿Enfermó la tiroides por que ya estaba enfermo el cerebro? ¿Enfermó el cerebro como consecuencia de la alteración previa tiroidiana? ¿El daño sufrido por uno y otro órgano fué único, fué común? Son los interrogantes científicos del caso clínico historiado.

¿Qué debemos anunciar para el porvenir de La Madrecita?

Nada lisonjero: ella presenta un déficit psíquico que, a despecho de la eficacia de la cura tiroidiana, no ha de ser salvado. Tal vez si una enfermedad intercurrente, una piadosa enfermedad intercurrente, ponga término a las niñerías morbosas de esta infeliz; tal vez si la Naturaleza misma, que tan piadosa parece ser para estos niños grandes, dolorosamente eufóricos, a los cuales no permite sufrir los desengaños de la ancianidad, quiera economizarlos a La Madrecita.

Cuando el psiquiatra es llamado a asistir casos de infantilismo psíquico en época oportuna, cuenta con los elementos provechosos de la asistencia médico pedagógica, la cual permite liberar al enfermo de las agresiones brutales del ambiente y colocarle en situación de mejor encarar las dificultades de la vida.

Pero cuando el psiquiatra es llamado tardiamente; cuando el abandono o la indolencia familiares han hecho su obra de daño, es mínima la probabilidad de beneficiar al enfermo. En tales casos sólo le resta el cumplimiento de sus deberes de solidaridad social: exigir que la Sociedad, esa misma que evita que un automóvil aplaste a un paralítico que discurre lentamente por la vía, tienda sobre estos niños grandes; sobre estos hombres del espíritu de niño, el piadoso manto de su amparo, con el objeto de evitar que la brutalidad de las gentes aplaste estos pobres espíritus torturados por infantiles amarguras y por infantiles inquietudes.

LOCO DE AMOR

La familia X. no ha conservado en blanco las páginas de su libro de salud. El médico de la familia X. ha debido escribir, en esas páginas y en más de una oportunidad algunas palabras de un tecnisismo poco mortificante por obra y gracia de su divulgación: *nerviosidad*, *nervosismo*, *neurastenia*, vocablos de cuyo uso y abuso tanto gusta nuestra época.

El sujeto de esta historia, Rafael X., tiene 18 años de edad y ha nacido en Lima. Hijo de padres sanos, ha nacido en condiciones normales; ha sido alimentado al seno materno hasta los 14 meses de vida; sus primeras piezas dentarias han hecho irrupción en las encías durante el curso del primer año y ha sido por esta misma época que el niño ha articulado las primeras palabras y ha realizado sus primeras tentativas eficaces de marcha.

Cuando la familia pudo darse cuenta de algunas de las características psíquicas del pequeño Rafael, pudo constatar que el niño era *algo tontito* y pudo darse cuenta de que el pequeñin *no tenía la misma expresión que sus hermanos* y que carecía de la vivacidad

de éstos: abandonado entre sus juguetes, gustaba de permanecer entre ellos muchas horas, inmóvil, indiferente, realizando pequeños movimientos sin finalidad, hasta que el sueño le cerraba los párpados.

Rafael X, no ha sufrido enfermedad alguna y ha tenido la buena suerte de escapar a los habituales *achaques* de la infancia. En buenas condiciones de salud *física*, si es lícito este artificial desdoblamiento de la salud, ha comenzado ha frecuentar la Escuela; los maestros se han dado cuenta del "poco talento" del niño y han comunicado el hecho a la familia, que ha insistido en solicitar los beneficios de la "buena voluntad" y de la "paciencia" de los enseñantes. Merced a ello, Rafael ha logrado aprender a leer y escribir con no pequeñas dificultades. Y sus progresos han sido tales que en ocho años ha podido superar los programas oficiales de la Instrucción Primaria. Estos progresos escolares se han acompañado de una pérdida relativa de la natural timidez del sujeto, que se ha hecho objetivo menos frecuente de las burlas de sus camaradas y que ha reaccionado, frente a frente de éstas, con una cierta brutalidad.

Realizando los primeros estudios de la Instrucción Media, Rafael ha conocido a Margarita N. Ha comenzado entonces a prestar una mayor atención a su persona; ha procurado "hacerse elegante" y ha realizado vanos esfuerzos titánicos por aprender a tocar el violín, sabiendo como sabía la admiración de Margarita por un violinista de fama mundial. Un día ha robado el pañuelo de seda de una de sus hermanas, para lucirlo en el bolsillo de la americana en sus paseos por la calle en una de cuyas casas habitaba el objeto de sus amorosos desvelos. A este robo ha

seguido el de algunos céntimos a la mamá, para adquirir cigarrillos que sólo fumaba a la vista de la muy amada.

Margarita ha correspondido a Rafael durante un año y unos pocos meses. El idilio no ha ofrecido nada de alarmante en el sentido de la impresión que esta correspondencia amorosa hubiese podido operar en el espíritu de Rafael. La madre de éste, noticiada de aquellos amores, en ejercicio del santo egoismo de las madres, ha favorecido estas relaciones, haciendo *la vista gorda* a los pequeños robos de su hijo, aumentando discretamente el número de sus corbatas, adornando con alguna flor el ojal de la americana, tolerando el robo del agua de Colonia del tocador de las hermanas. Y todo ello creyendo que aquellos amores representaban un positivo beneficio para el *niño*.

Parece que el idilio era tranquilo: a las seis de la tarde, después de minuciosa cepillada a sus ropas, Rafael se instalaba frente a frente del inspector de policía que vigilaba la calle en que habitaba la familia de Margarita; se asomaba esta al balcón; correspondía al saludo y a las miradas del tímido galán y, sonadas las siete de la noche, cuando era materialmente imposible la visión a distancia, marchábase Rafael, cerraba sus balcones Margarita, y quedábase ahí, riendo socarronamente, el inspector de policía.

Un día acortáronse las distancias que separaban a los enamorados y pudieron verse de cerca y hablarse sin el silencioso testimonio del inspector de policía. Rafael manifestó vehemente sus deseos de casarse a la mayor brevedad posible; Margarita expresó idénticos anhelos y ambos acordaron hablar a los Padres de la niña para formalizar el compromiso matrimonial.

Rafael comenzó a observar una conducta estraña: comenzó a realizar adquisiciones que no era capaz de justificar debidamente: adquirió una flamante camisa, una corbata "muy seria" y unos guantes. Interrogado respecto a estas adquisiciones, manifestó que ellas representaban preparativos para concurrir a una velada que preparaban los alumnos del Colegio. Un buen día, terminadas las labores escolares, Rafael, de regreso a su casa, vistióse con todas sus adquisiciones, se perfumó generosamente y se marchó a la calle, despertando las maternas sospechas de un paseo en compañía de la enamorada. Las sospechas maternas eran justificadas sólo en parte: Rafael visitaba aquel día al Padre de Margarita y le pedía, lo más solumnemente que le fué posible hacerlo, la mano de su hija.

No se conoce el discurso que hizó Rafael; se ignora, igualmente, la respuesta del señor padre de la niña; pero es de creerse que, dada la condición de éste, hombre juicioso y tranquilo, la respuesta debió reducirse a alguna amable excusa, a algunos consejos saludables; a la paternal recomendación de "darle tiempo al tiempo".

Rafael regresó a su casa en condición verdaderamente desastrosa: las adquisiciones de indumentaria habían perdido sus pocos encantos; la corbata había perdido la uniformidad de su superficie; la camisa había perdido la tersura impecable de la pechera y los guantes se habían perdido por entero.

La madre, legitimamente alarmada, interrogó a Rafael, sin obtener respuesta. En este mutismo invencible permaneció el sujeto durante 24 horas, durante las cuales rechazó todo alimento, valiendose de la mímica facial y del gesto para exteriorizar estas negativas. Llamado el médico de la familia, prescribió el

reposo y aconsejó la administración de unas "cucharadas" tónicas, insinuando, al mismo tiempo, sus sospechas de tratarse de una "gripe benigna". A las 24 horas de inicio de estos accidentes, el sujeto entra en un período de franca agitación: destruye cuanto le permitió destruir la familiar vigilancia, incluyendo en tal todo los perfumados billetes amorosos de Margarita. La madre de Rafael aprueba esta destrucción de la amorosa correspondencia y entonces Rafael realiza grandes esfuerzos reconstructivos: extiende una gran hoja de papel y va adhiriendo sobre éste los pequeños fragmentos de las cartas. La labor es frecuentemente interrumpida por episodios de introversión que alejan al sujeto de la realidad de la obra por él emprendida. Es tanta la discontinuidad del esfuerzo que, en el espacio de doce horas, no consigue reconstruir una sola de las cartas. Visitado nuevamente por el médico de la familia, éste prescribe una fórmula de bromuros e hidrato de cloral cuyas primeras dósis logran fulminar al enfermo en un sueño profundo.

El *negativismo* del sujeto se acentúa al día siguiente: rechaza los alimentos, se niega a satisfacer sus necesidades orgánicas, se mantiene encerrado en su mutismo y permanece indiferente a todo, prolongando en demasía las actitudes que le obligaban a adoptar, fijando la mirada en un objeto o fijándola en el espacio.

Durante quince días, el sujeto es alimentado a la sonda y sometido a la medicación bromurada, sin otro efecto que el de la aparición de un acné facial que más mortifica a la familia que al enfermo.

Es en estas condiciones que tengo oportunidad de examinar a Rafael: sujeto de buen

desarrollo físico, ofrece a su inspección el hecho de una ligera asimetría facial con mengua considerable de la mitad derecha.

Las funciones de la vida vegetativa se llevan a cabo normalmente, si se exceptúa la constipación intestinal, viejo achaque del joven enfermo, frecuentemente combatido por la administración de pequeñas cantidades de sulfato de soda.

Nada de notable acusa el exámen neuropatológico del enfermo. No es posible decir otro tanto del exámen psicológico: escuchémosle:

—Diez mujeres se han suicidado por ti y todas por mi, por mi, por mi, por mi, por mi. (esta esteoritipía fonética es acompañada de movimientos ritmicos de flexión de la cabeza sobre el tronco). Porque yo soy hermoso y oloroso y *amaroso* y ya no habrá muchachas bonitas, ni vestidos elegantes, ni sombreros finos, ni flores verdes, ni cintas blancas, ni *maradas*, y todos serán buenos y no han de robar ni matar ni asesinar............ ni almorzar y *almorazere*. Y yo almorzaré, y tu almorzarás y él almorzará y nosotros almorzaremos y vosotros almorzaremos.....

Como puede verse, en este discurso suyo se hacen evidente las asociaciones por asonancia, las rimas, las corrupciones de palabras con cierta tendencia al neologismo, la estereotipía. Este, como sus otros discursos, es acompañado de una hipermimia considerable, cuando no es interrumpido por fases de mutismo completo y de amimia episódica. Otras veces sus discursos son a un más solemne contenido, evidenciando un *vaniloquio* mucho más acentuado. Escuchémosle una vez más:

—Es un encargo importante,-urgente, interesante, inteligente. Y sólo yo puedo hacer

esta obra que dice la prensa. Y sólo yo puedo vencer estas cosas que nadie entiende, que nadie puede estar destinado a conocer. Yo y el Ministro de Gobierno y el Coronel M. y el Dr. S. (el médico de la familia). Y si no lo hago yo no lo haces tú, no lo hace él, no lo hacemos nosotros......

Muchas veces, pronunciando estos discursos solemnes, ríe, hace reverencias a personajes fantásticos o a objetos de su realidad ambiente. Otras veces, calla y adopta actitudes extrañas, en las que se mantiene por tiempo considerable, verdaderas actitudes de estátua, francamente catatónicas.

Tranquilo, por lo general, no son raros en él los episodios de agitación: toma los objetos que halla a mano y los destruye rabiosamente. Y, en tanto que realiza estas destrucciones, su expresión mímica es o soberanamente indiferente o puerilmente placentera, semejante a la mímica de los pequeños cuando logran realizado un tímido intento de dominación muscular.

En presencia de este sujeto, del estado de debilitamiento psíquico global, *estado demencial* de los psiquiatras; en presencia de la evolución de su proceso morboso, cabe el establecimiento, sin grandes inconvenientes, del hecho de una *Demencia Precoz*.

Los trastornos psíco sensoriales y los actos impulsivos realizados por el enfermo, permiten excluír las probabilidadesde entrada en acción de una *neurastenia* o *psicastenia*.

La ausencia de elementos morbosos de órden paralítico, así como la ausencia de antecedentes reveladores de una infección sifilítica, permiten excluír del diagnóstico, la *Demencia paralítica*.

El acentuado negativismo del enfermo, hace posible eliminar, en la elaboración diag-

nóstica, la responsabilidad nosológica de una *amencia*.

Ese mismo negativismo es tan diverso de la ansiosa resistencia de los *estados crepusculares epilépticos*, que facilita excluir la sospecha de una Psicósis epiléptica, sospechada alejada, por otra parte, por la ausencia de antecedentes epilépticos.

Finalmente la desarmonía entre el contenido delirante del enfermo y el tono sentimental,nos ponen en camino de desvanecer la posible existencia de una *psicósis maniaco depresiva*.

Caso interesante el de esta Demencia Precóz, perteneciente al grupo de las llamados *subsequens*, por el hecho de haberse establecido en el terreno preparado de una frenastenia originaria y de haberse establecido como consecuencia aparente de una emoción intensa.

Para nuestra manera de ver, la negativa del padre de Margarita no tiene aquella importancia decisiva que le fuera asignada por la madre del enfermo. La negativa sólo ha representado el rol de un factor coadyuvante, de oportunidad aparentemente trágica: ha sido, en el más grave de los casos, la gota de agua que hizo rebasar el contenido. Y yendo más lejos todavía, cabe sospechar, con mengua de romanticismos que nos son tanto más caros cuanto más nos apartamos de ellos, que el amor de Margarita, aquel amor iniciado ante la mirada indiscreta del inspector de policía, fué un síntoma, un humilde síntoma de la enfermedad que ya había hecho presa en el espíritu frágil del pobre ladrón de agua de Colonia y del infortunado aprendiz de violinista...

EN EL FONDO DE LA COPA

Día alegre, primer día de primavera; primera caricia de un Sol tímido que los buenos bologneses quieren aprovechar excursionando en alegres caravanas hacia las puertas de la Ciudad: hacia Castiglione y Zaragoza; hacia Mazzini y D'Azeglio; hacia Santo Stefano y... Sant' Isaia. Esta última puerta y esta última calle representan para Bologna lo que "el Cercado" para los habitantes de Lima: efectivamente, en un viejo caserón que lleva en dicha calle el número 90, se halla situado el Manicomio, la vieja casa por cuyos claustros conventuales parece que vagara el espíritu bonachón del viejecito RONCATTI, el alienista que aseguraba hallarse más a gusto entre los locos del manicomio pequeño que entre aquellos del Manicomio grande, como llamaba a sus paisanos, los hospitalarios habitantes de la «Citta delle belle donne.»

El Doctor MASCAGNI y yo, terminada la visita de la tarde, nos preparábamos a abandonar el Manicomio y a confundirnos, camino de nuestras casas, con la alegre multitud que llenaba las calles, cuando vimos de-

tenerse ante nosotros el coche del Manicomio y descender de él, apoyado pesadamente en los brazos de dos enfermeros, a un hombre, un enfermo.

El grupo avanzó lentamente por la estrecha vereda que conduce al vestíbulo. Haciendo su camino el enfermo nuevo, alto, delgado y pálido, se detenía para contemplar a los enfermeros que le conducían dulcemente y para contemplar, buscón de un recuerdo, aquella irregular y estrecha vereda, aquellos jardínes en los cuales la primavera rompía los primeros capullos.

El grupo se detuvo en la portería: los enfermeros hicieron entrega de la boleta de internación, que el portero depositó en una caja, en tanto que murmuraba:

—Ya era tiempo... Hace cinco meses de la última salida.

El enfermo sonrió con risa que era una verdadera mueca; se pasó las manos por el rostro bañado en sudor; se refregó los ojos y nos miró atentamente, haciendo un esfuerzo por reconocernos; pronunció algunos nombres para nosotros desconocidos.

Terminada la inscripción; practicado el registro minucioso del enfermo, que sólo arrojó sobre la mesa del portero dos piezas de cobre de a céntimo cada una y una colilla de toscano, el enfermo pasó a la sala de Observación; amplia sala cuadrada y tranquila, a la que no llegaba el rumor de la vida en la ciudad ni el de la vida del Manicomio.

El enfermo nuevo permanece silencioso; se deja despojar de su sombrero; se deja cambiar sus ropas sin formular la menor observación; intenta dormir; pero el sueño no acude a su llamamiento y entonces comienza a hablar. Habla muy suavemente, musitantemente, como si hiciese confidencias secretas a

un invisible. Este invisible lo es solamente para nosotros; el le vé, le habla, le hace sitio en su cama, le mira fijamente y, a momentos, le acaricia con sus manos temblorosas, sus largas, blancas y descarnadas manos que a momentos se crispan y se relajan a momentos. Se anima y entonces es posible percibir claramente sus palabras:

—Sí; he bebido; pero no lo digas a nadie; no lo cuentes a tu madre, ni lo cuentes a la pobrecita madre mía. A ellas no les gusta el vino. Si acaso te preguntan dílas que es el trabajo el que me puso así; dílas que he trabajado tanto, tanto, que he perdido la cabeza. Y tú, ¿por qué lloras? ¡También tú! Sabes bien que no me gusta verte llorar, sabes que tus lágrimas me exasperan y me hacen perder la cabeza. Mira: si sigues llorando, voy a salir de nuevo y voy a beber más, voy a beber hasta no poder más... Vamos: véte! véte!

Intenta ponerse en pie; sus ojos se abren desmesuradamente; sus manos se crispan en ademán amenazador y sus brazos simulan extrangular un cuerpo, tal vez el de ese alguien a quien minutos antes acariciaba con las manos y con las dulzuras de su voz. El enfermero le sujeta suavemente, le recuesta de nuevo. Y el grita entonces, con toda su voz:

—¡La miserable!...... ¡Canalla!......canalla!

Después calla. El médico dispone un baño caliente para beneficiar a aquel pobre sistema nervioso excitado, a aquellos pobres nervios torturados por el tóxico.

Al día siguiente, en la visita de la mañana, conversamos con este enfermo. Está más tranquilo y más dócil. Hay en su rostro la huella tremenda de la noche inquieta del alucinado insomne. Las alucinaciones están en pie y son de intensidad tal que se intercalan

en su discurso, violentando al sujeto. Habla suavemente, con una finura que no es amanerada, con esa finura familiar de acento y de expresión que denuncian en el pobre enfermo a sujeto que, un día en la tranquila jornada de la vida, gustó de ser amable y de ser benévolo:

—Sí; un poco mejor, mucho mejor, nos dice. He soñado mucho; mis sueños dolorosos de siempre. Nada de agradable tienen esas arañas de la marcha lenta que me cosquillean asperamente toda la piel. Son horribles esas ratas hambrientas que me roen las manos y que avanzan impávidas hacia mis brazos y hacia mi cara, a la cual llegan agilmente para cebarse en mis ojos. Ahora me hacen menos daño: es el beneficio de la costumbre. Las primeras veces que hice estos ensueños, ellos me hicieron un daño terrible: las ratas de aquellos ensueños eran más grandes y más voraces; pero más que su dimensión y su voracidad, me espanta el contacto de sus pelajes multicores con la superficie de mi piel. ¡Qué escalofrío horrible!

Se calla por breves momentos; su mirada vaga por la estancia hasta fijarse en un punto y seguir el movimiento de algo que nosotros no podemos ver: la dolorosa mirada de ensueño que los normales ponen en sus ojos cuando parecen buscar en el espacio los contornos inaferrables de una imágen. Llega un momento en el cual nosotros, la curiosa realidad inquiridora del médico, desaparecemos para el enfermo que concentra toda su atención en la imágen encontrada. Y habla entonces, insinuante, enamorado, casi tierno:

—No te vayas todavía... Yo te quiero siempre cerca de mi, aún que me insultes, aún que me ultrajes.. ¿Borracho?... Si, borracho por ti; borracho para quererte mejor, para quererte sólo a ti. Estamos solos, nadie nos vé, nadie nos escucha. Ven, ven a mi, como antes..... ¿Recuerdas?... No huyas, no seas mala!.

El enfermo consigue levantarse y avanzar hácia la esquiva. Sus movimientos son tranquilos y lentos. Mezcla de trágico y de cómico el avanzar sonambúlico de aquel sujeto solo cubierto por una camisa de dormir. Avanza a pequeños pasos, intentando enlazar en sus brazos un talle que huye a la caricia. El enfermero conduce al enfermo a su lecho; el enfermo se deja conducir, se acuesta nuevamente y entre sollozos murmura una palabra, una sola palabra:

¡Mala! ..... mala!

No nos detenemos más; la visita es larga, son muchos los enfermos y hay que visitarlos a todos y conversar con todos.

Doce días de abstinencia progresivamente creciente, de sedante balneación, de régimen estimulante y de desintoxicación, transforman al enfermo en un convalesciente. Nosotros, que le hemos seguido día a día, que hemos anotado su nombre en nuestra libreta de apuntes, pretendemos saber de él la historia de su vida inquieta, la vieja y doliente historia que un día de "buen humor" ha referido al compañero MASCAGNI. Pero no es fácil vencer sus resistencias:

—¡Mi historia—ha dicho—la historia de muchos, la muy sabida historia de muchos de estos compañeros mios de infortunio; de estos compañeros de los que, unos, hacen como yo, entran y salen; y otros entran por una sóla vez, una sóla.........

La historia que ha recogido el Doctor MASCAGNI, es la siguiente:

De modestos origenes, hijo de un epilépti-

co y de una mujer sana; educado desde su infancia por un tio suyo, pequeño industrial que le favoreció hasta la época de cumplir los quince años de edad y que, en esa época, le echó a la vida con unas pocas liras en el bolsillo y su oficio de mecánico. Vida dolorosa aquella de los primeros pasos en el desempeño de sus habilidades; vida llena de sacrificios del amor propio y de claudicaciones de congénitas rebeldías; vida de torturado, apenas interrumpida por verdaderas ráfagas de optimismo y por episodios fugaces de esperanza de victoria.

Vinieron después los días buenos; los días del reconocimiento de sus buenas condiciones para el trabajo productivo. Entónces comenzó a economizar, pensando en un mañana de mayor tranquilidad y de menor esfuerzo. Cuando creyó asegurado el porvenir, pensó en casarse, curando en esta forma su grande soledad. Después de un breve noviazgo, contrajo matrimonio con una muchacha aparentemente buena, que debió amarle muy poco para abandonarle, como lo hizo, a los seis meses de celebrado el matrimonio, robándole el producto de sus economías juiciosas y obligándole, por tal motivo, a recomenzar su vida de privaciones. Recomenzar una vida! Y recomenzarla sin la espectativa amable del principio, sin pensar en la posibilidad de hallar una buena compañera; recomenzarla pensando en la posibilidad de hallar otra vez la mujer mentirosa y mala que habría de engañarle, que habría de robarle su dinero y, lo que vale más que el dinero, su ilusión de vivir.

El hijo del epiléptico, cobarde ante la adversidad, fatigado por la aspereza de la lucha sostenida en plena juventud; pensó en todas las dificultades de comenzar "de nuevo"; pensó en la desolación enorme de esta segunda etapa de su camino. Asomó a su mente la idea del suicidio; pero, cobarde también, la desechó y pensó en vivír una vida de abandono y de olvido, una vida de parásito que podia ser menos mala que aquella vida de abeja laboriosa por él hasta entónces vivida. Y pensó entónces en el alcohol;en el suicidio lento, lento; en el alcohol que le roba al hombre cuanto le diferencia del bruto;pero que le proporciona el bien supremo del olvido.

El enfermo ha cumplido su promesa: ha ingresado al Manicomio tres veces en el corto espacio de un año y medio. Permanencias breves fueron las primeras: primero un *delirium tremens* que pudo beneficiar de la asistencia en un hospital común; la segunda y la tercera vez se trató de episodios psicopáticos debidos al continuar incesante de la intoxicación.

Las averiguaciones practicadas acerca de la vida de este hombre fuera del Manicomio arrojan alguna luz sobre los trastornos psíquicos que en el tienen lugar:

A su salida del Manicomio, el pobre hombre busca ocupación y tiene la fortuna de encontrarla siempre. Entónces hace una vida ordenada, metódica, de privación y de abstinencia, que le permite ahorrar una pequeña cantidad de dinero. Cuando esta cantidad suma un centenar de liras, entonces comienza la etapa del abandono y de entrega incondicional en brazos del tóxico. Cuando el centenar de liras ha terminado, el sujeto se halla en condición tal que la autoridad debe disponer nuevamente la internación en el Manicomio. Allí pasa lo que el sujeto llama "su crisis". Terminada ésta, vuelve de nuevo a su trabajo, a sus economías y a su embriaguez embrutecedora.

A su primera salida del Manicomio ha ha-

llado trabajo como auxiliar de ingeniero; a su segunda salida ha desempeñado el cargo de camarero en un café de cuarto órden; la tercera vez ha desempeñado el cargo de acomodador en un teatro de variedades. Esta cuarta vez ¿qué será de él?.

Durante su permanencia en el Manicomio, trascurridos los *días malos*, es un enfermo que busca ocupación para sus actividades; que encuaderna los libros de la Biblioteca; que limpia los aparatos del Laboratorio de Psicología Experimental. Es bueno y dócil, respetuoso de médicos y enfermeros y tolerante para con los enfermos.

¿Qué pensar de este enfermo?

Es el caso vulgarísimo de una *intoxicación alcohólica*? Es la vulgar historia de sujeto que llega con cierto atraso a la taberna y sufre, en explosiones delirantes transitorias, los daños de esta pecaminosa asiduidad?

Creemos que no es este el caso nuestro. El concepto de abstinencia alcohólica goza en Italia de una cierta amplitud: país productor de excelentes vinos que hacen gira triunfal por el mundo, no llama bebedores a quienes consumen en sus alimentos un medio litro de vino por día. De estos llamados bebedores moderados era el sujeto de nuestra historia, libre, por tal motivo, del daño psíquico enorme que en los organos virgenes de la intoxicación suele producir *la primera copa*. Sería posible, con cierta sutileza clínica, invocar en este caso, como explicación de los trastornos mentales que lo caracterizan, el hecho de haber sido salvado el *límite de tolerancia alcohólica*; pero se trata de explicación que no resiste a la crítica más indulgente; puesto que el sujeto ha salvado tal límite, con una cierta frecuencia, sin experimentar los trastornos que en la actualidad presenta.

¿Trátase, acaso, de un *epiléptico* que descarga sus acumuladas energías nerviosas en crisis periódicas *dipsomaniacas?* La hipótesis no es inaceptable si se piensa en la epilepsia paterna, si se toma en cuenta la periodicidad de estas impulsiones hácia el alcohol.

¿Forma imprecisa de intoxicación alcohólica, epilepsia?. El tiempo lo dirá. El enfermo vá a permanecer en el Manicomio un periodo de tiempo que contribuirá a aclarar el diagnóstico, sujeto a tratamiento que habrá de beneficiarle de todos modos, desintoxicándole y sustrayéndole a los peligros del ambiente.

Pero cabe pensar en la causa determinante de la alcoholización del sujeto y analizar su importancia determinista. Se nos ocurre muy forzada la hipótesis de *lo irremediable*, en aquella fuga de la mujer que agrava su traición acompañándola de un robo vulgar. Si bien es verdad que no son raros en la vida aquellos sujetos que, por concurso de circunstancias varias, adoptarón una fórmula única en la vida, rindieron culto fanático a la monotonía de la línea recta y esquivarón en cuanto les fué posible aquella humana oscilación de dicha línea que conduce unas veces a la cima de la gloria y otras al abismo del fracaso; no es raro tampoco que tal afecto por la monotonía represente constitución personal de fragilidad tanta que se exhibe por circunstancias a las veces sin importancia real.

Sujeto frágil; sujeto que maternizando el amor de la mujer que hizo esposa suya, se procuró reconquistar todo el tibio afecto de que había carecido, nuestro enfermo fué la víctima fácil de su fragilidad en presencia de desgracia que no pocos hombres tomaron con una mayor dósis de filosofía.

¿Qué haremos en beneficio de este enfermo?

Privarle de una libertad que emplea en daño suyo, procurar crear en su mente intereses nuevos, erigiendo un ideal que pueda reemplazar al ideal trunco de aquella vida tranquila del hogar y de aquel afecto de mujer; rehacerle, obligarle a comenzar de nuevo, sin desfallecimientos, robusteciendo su voluntad, aquietando su espíritu frágil y torturado y poniendo en la desolación espiritual de este gran caido y de este gran derrotado, un algo de ilusión y de ensueño; ese algo de ensueño y de ilusión que nos hace vivir a los hombres.

Abandonando el Manicomio de Bologna, camino de otros centros de mayor opulencia científica pero no más hospitalarios, hemos tenido oportunidad de saludar al pobre mecánico, al infeliz a quien tanto le robara la vida. En aquella conversación de despedida, le hemos dicho que le mirábamos con afecto que habíamos hecho nuestro el gran dolor de su vida y que estábamos acostumbrados a mirar en el *fondo de la copa* y no en la superficie.

El enfermo ha sonreído tristemente. Ha estrechado nuestra mano entre las suyas temblorosas y nos ha dicho:

—Si, señor: hay que ver en el fondo de la copa... ¡En el fondo de la mía hay una mujer!

ROSAS DE OTOÑO

Se trata de un caballero que vive el sexuagésimo cuarto año de su vida. Viene a mi consultorio para asistirse de enfermedad que el mismo se ha tomado la molestia de diagnosticar y en demanda de un consejo, de una palabra de auxilio a la terapéutica que él ha instituído ya y que realiza con asiduidades de cuya importancia podrá darse cuenta cabal el paciente lector de esta Historia Clínica. Declara el sujeto sufrir, a título de dolencia única, fuertes dolores de cabeza que "le pasan durmiendo" y que le preocupan por que tal achaque representa un obstáculo a sus propósitos de unirse en matrimonio a una mujer que ama y que le corresponde en su amor.

El sujeto de la presente historia me había causado impresión que yo no sabría explicar; la impresión que nos producen aquellas personas de quienes decimos que algo tienen de raro o de particular sin que nos sea posible establecer la rareza o la particularidad. El vestido del sujeto contribuía en no poca parte a proporcionar tal impresión: una desmedrada levita encubría un flamante chaleco de vivísimos colores y en aquellos pantalones de

rayas yo juraría que se hallaban presentes algunas indiscretas soluciones de continuidad. Un cuello sucio servía de pretexto al lucimiento, un tanto escandaloso, de una ruín corbata de color rojo subido.

El sujeto hablaba con una grande lentitud, como si pusiera cauteloso empeño en "medir sus palabras". Pero estas eran tales y eran de tan escasa importancia que había el derecho de pensar que mejor que medir sus palabras el sujeto hallaba dificultad considerable en echar mano de ellas. Ha interpuesto silencios considerables entre mis preguntas y sus respuestas cuando le he interrogado acerca de sus nombres, acerca del lugar de su nacimiento, acerca de otros tantos elementos informativos cuya respuesta en el sujeto normal es casi automática. Interrogado respecto a su edad, pregunta indiscreta tratándose de damas, ha respuesto como yo respondía a mi maestra de Escuela cuando no estaba seguro de lo que decía:

—¿Mi edad?... Ah!... Apreciado, señor doctor, hace usted muy bien en preguntarles la edad a sus pacientes... Mi edad, *como ya lo había dicho*, es de sesentaicuatro años.

Le interrogo respecto a su pasado patológico. El pasado remoto se conserva bastante bien: el caballero refiere, con prolijidad en veces divagadora, los accidentes sufridos a los cinco y a los siete años de edad; guarda recuerdo de una epidemia de viruela, enfermedad de la cual fué asistido por el malogrado Doctor ULLOA; recuerda una epidemia de *dengue* de que fué víctima y cuya epidemia fué objeto de animada discusión entre los más brillantes profesores de la Facultad de Medicina de Lima: recuerda que, durante el curso de la viruela que sufrió, la familia le administraba, ocultándose del Doctor ULLOA,

unos baños de malvas y de leche. Recuerda muchos detalles interesantes de la vida del Doctor ULLOA, y aún evoca la memoria de la labor política del periodista y médico notable.

El sujeto da cuenta exacta de las enfermedades sufridas hasta cumplir los cuarentaicinco años de su vida. A partir de esta época, a pesar de los esfuerzos que realiza, no logra recordar nítidamente: se ha hecho en su memoria un vacío que, a momentos, es llenado por evocación pálida de uno que otro episodio vivido. La historia del Perú que conoce este caballero termina el año de 1896, fecha hasta la cual conoce perfectamente la evolución política del país.

Escuchando a este buen señor viene a la mente su comparación con un mercader que, habiendo sido el modelo de la ordenación y catalogación de sus mercaderías hasta un momento dado de su vida, hubiese renunciado bruscamente al órden en sus procedimientos.

El sujeto se fatiga facilmente en la elaboración de sus respuestas, aún en la de aquellas más simples. Y cuando se fatiga es de observarse aún cierta dificultad en la articulación de las palabras. De los diversos experimentos a que el sujeto ha sido sometido con el objeto de evaluar su trabajo mental, resulta que el ritmo de éste no adquiere impulso considerable en momento alguno, a despecho de las más vivas estimulaciones. La curva del trabajo mental es poco acentuada: ella alcanza rapidamente la elevación correspondiente al entrenamiento y en breve espacio de tiempo cae bruscamente en la sima de la mayor fatiga.

El sujeto advierte esta fatigabilidad excesiva:

—Cuando hablo mucho, me fatigo. Ya he hablado demasiado, ya me voy.....

—Bien; pero, volviendo al objeto de la consulta, decía Ud. que.....

—Que me fatigo cuando hablo, mi estimado doctor.

—Pero ¿y los dolores de cabeza?

—Ah! si; me había olvidado. Me olvido de todo.

Se había olvidado también que la novia quería perdonarle de sus proyectos matrimoniales. Cuando hago alusión a éstos, el sujeto manifiesta vivo interés por plantear de nuevo la dificultad opuesta a tales proyectos por los "benditos dolores de cabeza".

Yo examino al enfermo y puedo constatar que sus arterias tienen mayor edad que el sujeto y que ellas son asiento de un exhuberante proceso de calcificación. Constato la hipertensión considerable en que el sujeto hace su esxuagésimo cuarto año de vida y sospecho que su régimen de vida, sin sujeción a disciplina alguna, libre del estorbo prudente de régimen alguno, es responsable de esa hipertensión alarmante. Mis insinuaciones acerca de la necesidad de hacer un análisis de orina y un otro de sangre, le merecen la más formidable protesta: El dice "tener una orina de niño" y tener su sangre "purísima". Recurro al expediente de manifestarle que tales análisis serían una buena prueba de su vigor físico. El caballero ríe socarronamente:

—¿Para qué empeñarse en probar algo de que yo estoy convencido?

Mis observaciones e indicaciones, le han mortificado. Considera que yo me opongo a su matrimonio. Está a punto de llorar y sólo consigo levantar un tanto su espíritu manifestándole que como hombre soy susceptible de error y que, aún estando en lo cierto,

afortunadamente para él y para su prometida, la Eugénica no ha logrado hacer demasiadas conquistas y les es posible casarse y "tener muchos hijos" como se dice en los cuentos de Calleja. Estas últimas palabras le vuelven a su buen humor habitual y ríe de muy buena gana y explosivamente.

Le hablo de su alimentación y descubro que el problema representa un *débil* del enfermo. Se entusiasma refiriendo su excelente apetito, exhibiendo sus preferencias alimenticias y pone en este discurso todo el fuego de su expresión lenta y disártrica, que culmina cuando el sujeto hace alusión a la verdadera voluptuosidad que experimenta en presencia de un plato abundante de alguno de sus manjares preferidos. En pleno elogio de sus debilidades gastronómicas, saca de uno de los bolsillos un cucurrucho de galletas y me ofrece una, que yo me excuso de aceptar y que el pone en sus labios con verdadera fruición.

Le hablo de la familia. Evoca dificilmente el recuerdo de los suyos y esta evocación es fría, como lo es la de un pasaje poco interesante de un romance leído con poco interés. Habla de los hijos muertos con la misma tranquilidad que pondría en el recuento de los botones ausentes de una camisa. Evoca, sin la menor emoción, la memoria de la esposa muerta y aquella de la última enfermedad sufrida por la malograda compañera. Cuando agrega algún adjetivo aparentemente piadoso al recuerdo de sus muertos, el agregado es casi exclusivamente automático: Habla de su esposa:

—¡Pobrecita! dice y se come una nueva galleta.

El sujeto percibe difícilmente. Le planteo

pequeños problemas de cálculo y me convenzo de que su capacidad de calcular se halla casi abolida. Cada uno de estos problemas es objeto de una ecolalia monótona y desagradable.

Idéntica perplejidad provocan en el sujeto los casos de consciencia. Me escucha simulando una gran atención; pero no comprende el sentido de mis preguntas, a muchas de las cuales contesta con una sonrisa.

Obsérvase en el caballero del vestir bizarra y del raro aspecto la asociación dolorosa de hechos de decadencia físico psíquica incuestionables. Elementos y numerosos de venida a menos en el órden espiritual; elementos igualmente numerosos en órden a sus órganos y funciones, t. l vez más ostensibles que los primeros. No debe sorprendernos este espectáculo de catástrofe biológica; si pensamos en la vida inquieta de este señor, que no ha sido un abstinente frente a frente del amor, del vino y del tabaco; si escuchamos las confidencia de sus arterias endurecidas y rígidas, podremos explicarnos la senilidad prematura del sujeto y no sorprendernos ante el espectáculo crepuscular de tal existencia.

No poseo otros datos respecto al sujeto de la presente historia; pero creo que los elementos informativos expuestos, justifican la hipótesis diagnóstica de una *demencia senil.* Verdad que faltan los trastornos psico sensoriales; pero, tal vez, la familia o las personas del ambiente, pudiesen llenar este vacío refiriéndonos el detalle ilustrativo de la vida cotidiana del sujeto. Pero la decadencia psíquica es tan acentuada; son tan sugestivos los trastornos ideo afectivos del sujeto, que es posible mantener el diagnóstico aún en ausencia de tales trastornos.

En presencia de casos como el que nos

ocupa, el médico debe adoptar una actitud de discreción suma; pero creo que es deber suyo el de dar la voz de alarma a la familia; creo que es deber el impedir un matrimonio que podría serle fatal dada la lamentable condición de sus arterias esclerosadas y el hecho de su alta hipertensión; creo que es deber el de impedirle a este anciano recibir en sus pálidos lábios un beso de amor que pudiera ser para él un beso de muerte.

Este anciano tiene una familia; una familia que no ha tomado "cartas en el asunto"; una familia que le tolera el ridículo de su presentación y el de sus actitudes sociales; una familia que le permite correr el riesgo grave de ser víctima de todas las malevolencias y que no se opone a una boda inaceptable. Pero yo no conozco a esta familia.

Temiendo estoy-que me perdone la novia del anciano– que uno de estos días los diarios me anuncien el matrimonio de mi enfermo y que, al otro día o días después, me anuncien la muerte del novio, La *hemorragia cerebral* suele epilogar despiadadamente muchas borrascosas existencias; ella ocurre frecuentemente, cuando se tiene sesenticuatro años de edad y cuando tienen mayor edad las arterias.

El amor, que es la vida a los veinte años, suele ser la muerte....... cuando se ha pasado de los veinte años.

LA SEÑORA SE ABURRE

La señora refiere, con sencillez admirable, la historia de su vida. No se manifiesta sorprendida por la prolijidad inquisitorial de nuestro interrogatorio y sus respuestas son concisas. No pertenece al número—harto considerable, en verdad— de enfermos a quienes es menester llamar al órden, ya que, haciendo la relación de los antecedentes familiares o personales, gustan de traer a colación episodios que poco o nada tienen que ver con la enfermedad y absolutamente nada con el médico, cuya paciencia es sometida a durísima prueba cuando se le obliga a escuchar la relación de la vida y milagros de personas a quienes no ha tenido la ventura de conocer.

Dice la señora que su madre padecía de ciertos *ataques* etiquetados por la familia con el nombre aterrador de "mal de corazón". Ella recuerda perfectamente bien las crisis convulsivas de la enferma y el trastorno doméstico que cada una de dichas crisis representaba. Ella evoca nítidamente aquellos cuadros de desolación provocados por los "ataques"; las carreras desenfrenadas de los domésticos en busca del frasco de éter; las

nerviosas llamadas telefónicas al médico de la familia; los gritos de confusión mezclados a los gritos de la enferma. Después la mamá "volvía en si" y sólo quedaba por suprimir el desórden de las habitaciones y por tolerar el olor del éter.

La señora no ha podido observar, con criterio médico, aquellas crísis nerviosas formidables que sufría la enferma; pero ilustra nuestra reconstrucción de aquellos accidentes la terapéutica que ella merecía de los diversos médicos que atendían a la paciente: no se contó jamás, en el número de los medicamentos empleados, uno sólo de aquellos accidentes la terapéutica que ella merecía de los diversos médicos que atendían a la paciente: no se contó jamás, en el número de los medicamentos empleados, uno sólo de aquellos de que los médicos echamos mano en presencia de las lesiones, más o menos graves, del miocardio. La señora recuerda el frecuente empleo de los preparados a base de bromuros y de valeriana y está segura de no haberle sido administrada a su señora madre una sóla dósis de digitalina o de cafeína. Recuerda, por último, cómo tales crisis hiciéronse más y más raras con el correr de los años y cómo ellas concluyeron por desaparecer. Ya se habían extinguido por completo en la época en que ocurrió el fallecimiento de la enferma, por obra y gracia de una bronco neumonia.

Todas las probabilidades militan en favor de la sospecha de existencia de una histeria en la madre de nuestra enferma y en favor también del establecimiento de existencia, en esta última, de una grave tara neuropática, cuyo daño no pudo contrarrestar la excelente salud del padre, ni la singular ecuanimidad de éste frente a frente de la frágil salud de la

compañera de su vida. Nuestra enferma recuerda la tranquilidad admirable de su padre cuando sobrevenían las crísis convulsivas maternas y la frenación afectuosa que él procuraba imponer en la casa cada vez que la vivacidad de carácter de su esposa promovía una de esas pequeñas dificultades que suelen poner tanto de gris en el cielo de ciertos hogares. "Era sano de cuerpo y de alma", dice nuestra enferma, refiriéndose al autor de sus días.

La señora ha tenido dos hermanos: uno mayor que ella y un segundo, menor. El primero vive; el segundo falleció, en brazos de la hermana, víctima de rápida e implacable afección de naturaleza tuberculosa. Es a la muerte de este hermano que la señora refiere el inicio de sus trastornos de órden nervioso. El desdichado, que sólo contaba veinte años de edad, se había dado cuenta de la gravedad de sus condiciones y, después de leves protestas contra la poca piedad de la vida, había concluído por resignarse a su fin prematuro. Esas tímidas protestas del hermano han herido vivamente el espíritu de la señora. Conserva memoria dolorosamente clara de la agonía lenta, de las ansiosas crisis de tos, de los quejidos apenas perceptibles; y el recuerdo es tan angustosio que la enferma vibra como una cuerda de violín cuando llega a ella una tos, cuando percibe un lamento. Ella recuerda el *tipo de la tos* de su pobrecito hermano y cada vez que ella debe oir toser a alguien, establece la relación de analogías o diferencias entre la tos presente y aquella del pobrecito muchacho que el destino condenó a un término prematuro.

El día de los funerales del hermano, la señora sufrió su primera crisis. Refiere que ella hizo derroche de valor hasta el momento en que vió unos hombres vestidos de negro que

se llevaban en una caja el cuerpo del muerto; pero que en tales momentos "sintió algo que se le quebraba en la cabeza". Cayó en tierra y al volver en si se halló rodeada de personas amigas, de rostros alterados por el dolor, de ojos que la miraban con afectuosa mirada y que seguían ávidamente sus menores movimientos. Ella cree haber escuchado, en el curso de aquella crísis, palabras semejantes a las que se pronunciaba cuando tenían lugar las crisis convulsivas maternas; cree haber escuchado el rumor de las carreras precipitadas y haber percibido el enojoso olor del éter; más aún: cree que alguien ha pronunciado estas tremendas palabras: "Lo mismo que su pobre madre; exactamente lo mismo".

La señora no recuerda con presición el trastorno sufrido por su espíritu durante el curso de la enfermedad del hermano; pero la han dicho que su caracter había cambiado muchísimo; que "no era la misma de antes" y que "parecía muy nerviosa".

Pasaron los días y pasaron los meses. No cicatrizada la herida provocada por aquel gran dolor, conoció la señora al hombre que debía ser su esposo. Ella amó en este hombre bueno todas aquellas características espirituales de que ella carecía; le tomó a título de indispensable complemento espiritual; a título de colaborador y de guía en la jornada de la vida; le amó como aman los débiles a los fuertes, con un amor en el cual entra por mucho también la admiración por una energía capaz de hacer por si sóla todo aquello que debiera realizar la acción conjunta de dos energías. El novio, hombre de trabajo, educado en la escuela de la naturaleza, con aquella bondad característica de los hombres que deben luchar diariamente contra la esterilidad de la tierra, contra la hostilidad de los elementos; pacientes buscones de los tesoros que la tierra guarda ocultos en sus entrañas, amó a esta mujer delicada, a esta mujer del frágil aspecto, a esta mujer que el debió comparar a los flexibles tallos del trigo enclenque y tembloroso.

El matrimonio no ha tenido hijos. Tal vez si la naturaleza ha tenido piedad de la prole y no ha permitido que ella asome a la vida ante las amenazas representadas por el patrimonio morboso familiar. La prole no ha venido, a pesar del común anhelo de los padres; a pesar del vivo empeño del marido de ser padre de un muñeco hermoso y fuerte, que el llevaría en sus brazos vigorosos y que recibiría las suaves caricias de las delicadas manos de la madre.

La señora ha sido muy dichosa en los primeros once meses de su vida de casada. Ella cree que tendría el derecho de continuar creyéndose dichosa, a no existir los trastornos nerviosos de que es víctima y a no haber "cambiado absolutamente su vida", como ella dice, siendo la realidad que es ella la que ha cambiado y se ha permitido proyectar su cambio personal sobre la vida por ella vivida.

Las primeras manifestaciones de su "nerviosidad" se han traducido por la eclosión de una duda formidable, relativa al menor número de atenciones que, a juicio de la enferma, la ofrendaba su esposo. La enferma "senma, la ofrendaba su esposo.La enferma "sentía" que su esposo se alejaba de ella y que sufría la atracción irresistible de los negocios, a los que dedicaba una mayor suma de actividades y de afectos, hechos todos que sintetizaba la enferma declarando que "la luna de miel se hallaba en el cuarto menguante y sin espectativas de luna nueva".

La señora, a pesar de su talento, no logra comprender que el trabajo del esposo y

su relativo retorno a los negocios, representan, en buena cuenta, una manifestación de amor hacia ella, para cuyo mayor regalo desea incrementar su fortuna. Ella está convencida de que su esposo "ya no la quiere" y que se ha perdido para siempre la ilusión.

Creyéndose abandonada, ha hecho esfuerzos inauditos para reconquistar las que ella considera perdidas posiciones; ha tenido largas entrevistas con su esposo, reconociéndole el derecho de un abandono que él ha negado con acentos de la más firme convicción; aquellas desagradables *crisis* se han repetido y ellas se han alternado en molestar a la enferma con insufribles jaquecas. Como novedad se ha producido en la señora un estado de malestar que ella no define con precisión; pero en cuyos detalles aparece ostensible la duda de la enferma acerca de la realidad de los males de que ella se quejaba en su dolorosa e inútil peregrinación por los consultorios que gozaban de mayor fama.

—Una gran alarma, nos dice, surgió en mi espíritu cuando me pregunté si tales achaques eran reales o simulados.

El esposo, vivamente afligido por el desmejoramiento de la salud de su esposa, ha hecho cuanto le era posible para atenderla con la mayor solicitud y eficacia; no ha omitido esfuerzo o gasto alguno; ha aceptado todas las indicaciones y todos los consejos; todo ha sido estéril. El malestar espiritual ha continuado, si bien revistiendo diversas formas, de una desconcertante variedad.

En plena enfermedad, la señora ha debido asistir a su esposo, víctima de un catarro bronquial. Le ha asistido con la mayor solicitud y ternura; pero ella dice que no ha habido tal y que si no le ha asistido mejor ha sido en la creencia de que la Bronquitis había

sido contraída en "el trabajo". Ella, sin quererlo, conscientemente, por lo menos, ha llegado a antropomorfizar *el trabajo* y dice que "quiere menos a su esposo cuando éste vuelve de la oficina; pues que es entonces que ella percibe en él, en sus vestidos, en todo, un *marcado olor de oficina*".

Invitada a exponer el empleo de sus días, manifiesta la señora *que no hace nada y experimenta la sensación de hacer demasiado.* En un sólo día, ella ha arreglado toda la casa; ha leído cartas y ha destruído las inútiles; ha visitado a cuatro amigas, ha hecho varias compras; ha estado en un templo a orar; ha visitado a una amiga enferma en una Clínica; ha gestionado una instalación eléctrica; ha leído los dos primeros capítulos de una novela; ha arreglado su guardarropa; ha ordenado un vestido y ha dado contraórden de ejecución a la costurera; ha intentado preparar un dulce del agrado de su esposo; ha despedido a un criado al cual piensa llamar nuevamente al servicio. Y el resumen de esta actividad de ardilla ha sido un soberano aburrimiento como término y condensación del día.

La señora, en su exposición, muy frecuentemente pintoresca, deja ver las oscilaciones considerables del tono sentimental. Ella interrumpe facilísimamente un estado doloroso por una explosión de alegría; pasa, con vertiginosa rapidez, de la alegría a la tristeza; de la serenidad al enojo. Después, inmediatamente después de calificar duramente el egoísmo de su marido, refiere un episodio revelador de un altísimo altruismo; coloca tras la palabra de reproche una frase de conmiseración o de atenuación.

Los médicos que han examinado a la enferma han manifestado, unanimemente, que nada de anómalo ofrece el exámen de los ór-

ganos de ella y que todos sus trastornos son de índole funcional.

Al examen del sistema nervioso, consta- tamos una hiperestesia general al contacto, excepción hecha de dos zonas anestésicas, a tipo verdaderamente lacunar, en la cara ex- terna del brazo derecho. La hiperestesia exis- te, aunque menos intensamente, para las esti- mulaciones dolorífica y térmica. Hay una verdadera agudización del sentido muscular. Existe una agudiznación semejante en el domi- nio sensorial: la enferma percibe, a distancia de siete metros, el tic-tac del cronómetro. Y es identicamente vigorosa su capacidad de percepción de ciertas esencias, tales como la bergamota.

Esta señora cuya enfermedad, a juicio de ella, es el aburrimiento; esta señora que se aburre en la jaula dorada de un hogar al cual sonríe la fortuna, es una *histérica*. El carác- ter histérico es tan evidente en ella que no de- ja lugar a vacilaciones diagnósticas: hay en esta señora que se aburre una constitución imprecisa, esfumada, por decirlo, así, de la voluntad; hay en ella, a título de constancia única aquella de sus inconstancias que ya el viejo y glorioso Sydenham había constatado en el histerismo; se trata de una enferma que realiza la expresión venturosa de Huchard: "no sabe, ni puede, ni quiere querer".

Existe en la señora X aquella falta osten- sible de relatividad entre los estímulos de la vida y las reacciones personales que se cuen- ta entre las características de la nerviosidad, tomada en el sentido psiquiátrico de la pala- bra: pequeñas causas provocan en ella mani- festaciones solemnes, mucho más que si el ele- mento originario de estas reacciones hubiese asumido una gran intensidad.

En el campo ideativo sólo es de advertir-

se una cierta aceleración de los procesos de elaboración ideativa, que ella interpreta como exponente de una higidez mental discutible.

Son más ostensibles los trastornos que ofrece esta enferma en la esfera afectiva. Esta señora que simula estados de enfermedad en su deseo de reconquista de la que ella juzga perdida estimación del marido; esta señora que percibe *un olor de oficina* y que propor- ciona menos atenciones a su marido enfermo por el delito de haber adquirido la enferme- dad "en la oficina", ha logrado puerilizar sus egoísmos: su yo, en rebeldía franca contra las sujeciones y frenos de la consciencia, hace irrupción en la vida cónyugal y es en ella fuente de inquietudes y de dolores.

Esta señora que se aburre soberanamen- te, ha menester de una buena higiene física; pero su necesidad más urgente es aquella de una cura de su espíritu frágil y enfermo; pre- cisa volverla al dominio de algo que ha per- dido sin darse cuenta de la pérdida; precisa devolverla su dominio de si misma, su juicio- so empleo de las experiencias personales de la vida, su *control*.

Débese ofrecer a esta enferma los elemen- tos diversos que representa un *buen vivir*, re- ceta sencilla y difícil de adquirir muchas ve- ces y dentro de la cual va comprendido el au- gurio máximo que Pío X, el Pontífice del apostólico aspecto y de la mansedumbre ejem- plar, hacía a muchos de sus amigos: "la tran- quilidad de corazón".

Flor de invernadero es esta señora histé- rica. El jardinero que cuide de ella, ha de pro- curar, con paternal solicitud, que no la ofen- dan las caricias del sol; que no la hieran los besos de la lluvia...

Y entonces vivirá bastante... y, tal vez, *viva bien*.

TERRON DE AZUCAR

Yo he vinculado en mi memoria el recuerdo del Doctor M., mi excelente colega de la Universidad de Bologna al de los momentos mas gratos de mi permanencia en la vieja y querida ciudad. Este buen camarada de los momentos de estudio y de aquellos otros de provechoso entretenimiento en Museos, Galerías y Bibliotecas, hizo cuanto pudo — y no fué poco lo que pudo — por conciliar el provecho obtenido en la gloriosa Universidad que otorgara el primer título de doctor y aquellas sanas expansiones del espíritu que tan eficazmente suprimen las ráfagas de nostalgia que envuelven el espíritu del extranjero.

El doctor M., gustaba de hacerme ver los alienados en la casa que ocupan *de derecho:* en el Manicomio; pero su satisfacción de camarada bondadoso y su júbilo de maestro modesto, ansioso de enseñar, no eran menos intensos cuando le era dado presentarme psicópatas no internados por culto del prejuicio que considera estigmatizadora la internación en un Manicomio. La historia clínica que paso a referir corresponde a uno de estos casos:

La señorita X., de 24 años de edad, hija

de padres sanos, campesinos enriquecidos; hermana de dos jóvenes, de 15 y 18 años, respectivamente, que realizan en Bologna sus estudios preparatorios de los profesionales de Jurisprudencia y Medicina, no ofrece, en sus antecedentes de familia y personales, nada que valga la pena de anotar. Apenas si se encuentra, en esta prolija averiguación del pasado personal el hecho de un amor contrariado, la historia de la pasión violenta que inspiró a la joven un muchacho de 20 años de edad, hijo de unos campesinos cuyos *dominios* eran fronterizos de aquellos de la familia X. A cuanto estos aseveran aquellas relaciones fueron pura y exclusivamente platónicas, reducidas a un intercambio de miradas y de sonrisas y de epístolas tomadas ruinmente a préstamo a unas baratas enciclopedias epistolares que un vendedor ambulante había puesto en manos de los enamorados. La señorita X., confirma esta versión materna: dice que "se quisieron mucho"; pero que *aquello* fué cosa de niños.

Hace unos pocos dias que la señorita X, presenta síntomas que han alarmado a la familia y que esta atribuye a la lectura de muchos libros, la mayor parte de los cuales le habían sido obsequiados por el galán y cuya mayoría se hallaba constituída por ejemplares selectos de la literatura romántica internacional. Se han presentado, en la señorita X. curiosas alternativas de órden psíquico, estadíos de depresión y de excitación, periodicidad de optimismos inconcebibles, alternados con episodios de un pesimismo nihilista, vivamente torturador.

La señorita X. emprende muchos trabajos que abandona casi siempre apenas comenzada la factura de ellos; comienza discursos melancólicos que interrumpe para entonar la canción preferida de la última *Piedigrotta* napolitana; cubre de besos la arrugada frente de la madre, a la cual rechaza pronunciando algunas palabras reveladoras de un hondo resentimiento; comienza a escribir cartas afectuosísimas a los hermanos ausentes y termina por romper las cartas manifestando que sus hermanos no merecen tanto cariño. Es, a momentos, buena; a momentos, malévola; a momentos es triste y es alegre a momentos; cae en la mas activa laboriosidad como cae en las mas inconcebible de las perezas. Tal situación ha alarmado a los padres de la señorita X., los que han solicitado los servicios del Dr. M.

La vez primera que hemos examinado a la señorita X. nos ha dejado ella una impresión desconcertante. Hemos podido darnos cuenta de que ella simulaba con poca habilidad y hemos procurado inquirir acerca de los elementos determinantes de tal simulación, que ella, por falta de cultura, no llevaba hácia límites que hubiesen dificultado el establecimiento del hecho.

El Doctor M. ha constatado un adelgazamiento ligero de la enferma y él y yo hemos contemplado, con una cierta desconfianza, con un cierto recelo justificado, en las mejillas de la enferma aquel *cloasma* que es mas frecuente constatación tocológica que psiquiátrica. Cuando hemos hablado del asunto, el Doctor M. se ha manifestado un tanto nervioso: aceptando la realidad de la constatación, ha hecho un elogio caluroso de la moralidad de la familia en general y de la señorita X. en particular. La señorita X. ha rechazado toda insinuación al respecto y nos ha obligado a "batirnos en retirada" cuando hemos discutido el carácter platónico de sus relaciones con el enamorado.

Repuesta de la indignación provocada en el ánimo de la señorita X. por nuestras sospechas, ella ha insistido acerca de sus manifestaciones psíquicas: "Yo misma, dice, en mis pequeños balances de vida; en esos exámenes de consciencia que solemos hacer las mujeres, me hallo profundamente cambiada: no soy la misma. Algo se ha interrumpido bruscamente en mi; algo ha perdido su ordinario equilibrio. No se de que se trata".

Fuera de las alteraciones principalmente subjetivas que dejamos mencionadas, nada ofrece de particular el exámen de la enferma. El exámen neurológico ofrece, en mayor amplitud, si cabe, el espectáculo de simulación: la enferma ha ofrecido, en dicho exámen, el hecho curioso de las mas bizarras disociaciones de la sensibilidad y el no menos interesante de inverosímiles alteraciones de la motilidad activa y pasiva. En cambio, sus reflejos nada han ofrecido de anómalo; se han presentado de una discreta normalidad, muy en desarmonia con los vertiginosos desplazamientos de las anestesias e hiperestesias acusadas por la enferma.

El Dr. M., muy juiciosamente, ha reservado su diagnóstico y ha manifestado las frecuentes dificultades de establecer un diagnóstico en una sola visita, tratándose de psicópatas. Ha limitado su actuación a recomendar un régimen de reposo y de desintoxicación.

Tres días después hemos visitado nuevamente a la enferma. La única novedad que nos fué posible constatar fué la entrada en escena de un molesto estado nauseoso, al cual no había hallado causa el colega que la había buscado empeñosamente y que había recomendado una terapia antiemética que no había dado resultado benéfico alguno. Este es-

tado nauseoso es tal que basta la evocación de un alimento para provocarlo rudamente.

Nueva exploración de la enferma, ya esta vez con marcada preferencia hacia el vientre y, en el vientre, hacia los órganos de la gestación, con rechazo de la enferma, que manifiesta estar "muy bien del vientre" y que no acepta nuestros razonamientos de buscar en el vientre la clave de aquel molesto estado nauseoso.

El doctor M. hizo un interrogatorio muy hábil a la enferma, primero; a los padres después. Y ante el resultado de este interrogatorio, de una muy entera negativa por parte de la señorita X. y de una negativa bonachona por parte de sus padres, fueron mayores de lo que hasta entonces habían sido, sus perplejidades. Antes de despedirnos, el Doctor M. recomendó el aislamiento atenuado de la enferma, la supresión de todo factor excitante o tóxico y... recomendó esperar.

Unos quince días después, el doctor M. me daba la noticia del viaje a Suiza de la familia X., viaje que, a cuanto escribieron a mi amigo, había sido impuesto por el colega del campo. Y días después recibimos, el doctor M. y yo, unas encantadoras postales de la señorita X., fechadas en Lausanne. Estaba muy agradecida al acierto de mi amigo y al clima de Suiza que, según ella afirmaba, había completado la obra de la Ciencia.

El doctor M. no aceptó la malevolencia de mis comentarios y esta negativa dogmática en él, tan extraño al dogmatismo, me manifestó sus deseos afectivos de no tratar el asunto.

Trascurrieron unos cinco meses y hallé en Ginebra a mi compañero el Doctor M., que había marchado a Suiza a visitar el Instituto allí sabiamente dirigido por el Profesor Cla-

parede. Antes de recibir el fraternal abrazo que yo intentaba darle, antes de permitirme manifestación alguna de júbilo por el encuentro, el Doctor M. con la más seria entonación que le permitía su habitual jovialidad, me habló de la señorita X., a la cual habíamos bautizado, en los momentos de vacilación diagnóstica, con el nombre de *Terrón de azúcar*.

—¿Sabes, me dijo, sabes? La señorita X. tuvo, efectivamente, un niño.

Y agregó luego, como quien repite monotonamente el resultado de un balance:

—Nacido a término, alumbramiento normal; cuatro kilos de peso y treintaicinco centímetros de talla...

EL QUE VIO AL DIABLO

N. N., de 34 años de edad, de constitución robusta, hijo de padres sanos, ha tenido de su matrimonio con mujer que gozó y goza de buena salud, cinco hijos que no han sufrido enfermedad alguna si se exceptúan los achaques habituales de la infancia.

El mes de enero del presente año el sujeto que nos ocupa ha sufrido las molestias y daño de una fiebre tifoidea, durante el curso de la cual se produjo una enterorragia abundante. Refiere la familia que tal enterorragia alarmó muchísimo al médico tratante, el Doctor C, quien inyectó al enfermo algunas dosis de ergotina y algunas otras de suero de Hayem. Durante la tifoidea no ofreció el sujeto trastorno mental alguno y, estando a lo que refiere la familia, nada autorizó a sospechar el compromiso meníngeo o cerebral.

Convalesciente de la fiebre tifoidea, el enfermo fué aconsejado por su médico en el sentido de trasladarse al campo. Eligió Barranco como sede de su convalescencia y trasladóse a dicho balneario. Fué allí que se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad objeto de esta historia clínica: fué en Ba-

rranco que el sujeto comenzó a experimentar un estado de intranquilidad que se acentuaba desde la mañana hasta la tarde y que se hacía insufrible durante la noche. Llamado el doctor C. manifestó que tal estado de ansiedad era una huella probable de la grave infección tífica que el sujeto había sufrido. Prescribió unas gotas tónicas y aconsejó el reposo en el lecho.

Trascurrieron los días y el estado de intranquilidad del sujeto fué haciéndose más y más intenso: no se trataba de esa sensación de opresión tan frecuente en los neurópatas y no rara en los enfermos del miocardio o del aparato respiratorio. Se trataba de una verdadera ansiedad, de un temor vago, de un temor a algo, cuyo origen era un enigma para el enfermo, incapaz de establecer el por qué o el objetivo concreto de estos temores. El enfermo temía, sin saber qué temía.

A tal estado angustioso se agregó más tarde un sentimiento de profunda tristeza, un episodio hondamente depresivo: Reclinado en un sillón, contemplando desde una ventana el agonizar de un día se preguntaba ansiosamente si volvería a ver otro agonizar de día.

—Tal vez, les decía a los suyos, vean ustedes sólos, mañana, esta puesta de sol.

En otras ocasiones, solicitando algo de los suyos, les suplicaba excusarles el fastidio, *el último fastidio*, ya que él debía morir: *se lo anunciaba el corazón*.

Un día el enfermo ha abandonado el lecho dando signos inequívocos de desorientación: miraba atentamente los muebles del dormitorio, procurando *reconocerlos*, con aquella mirada de curiosidad que se pasea por una habitación que se contempla por primera vez, Idéntica mirada de atención concentrada para observar a las personas de la familia.

La madre y los hermanos del sujeto han procurado "volverle en sí"; le han repetido una y mil veces que se halla en su casa; que está entre los suyos, entre los que le quieren. La madre, presa de emoción que es fácil suponer, ha procurado recordarle las personas y las cosas:

—¿Lo ves? Este es fulano... esta es tu silla, este ropero es el tuyo...

El enfermo miraba atentamente a las personas y a las cosas, su mirada curiosa pasaba de las personas a los objetos y parecía buscar en unas y en otros algo que le recordara un anterior conocimiento. A momentos pasábase la mano por la frente y por los ojos como para suprimir un velo que le impidiera la visión nítida de la realidad.

Fué ese mismo día que el sujeto en referencia *vió al diablo*. Y ha sido, a cuanto él ha dicho, una visión espantosa: no ha sido el diablo que se lleva las sábanas percibido por los delirantes víctimas de ciertas infecciones graves; no ha sido el diablo tentador, alucinación frecuente del delirio de colapso; no ha sido el diablo burlón, bailarín, lleno de muecas, que percibe el delirante alcohólico; no ha sido el diablo confidente de la Demencia Paralítica; ni el diablo teólogo de la Psicósis Epiléptica: ha sido un diablo triunfador, trágicamente triunfador en la vida.

Después de una guerra espantosa, librada entre el bien y el mal; entre el Dios de Misericordia y el Angel de Soberbia; este había obtenido la tan esperada y por tantos siglos victoria definitiva y había impuesto su voluntad en el mundo, suprimiendo todo aquello de bueno que existía en el mundo. El espectáculo era aterrador:

—Todo ha muerto—decía el enfermo—todo, hasta Dios. Han muerto los hombres, los

animales, hasta las piedras han muerto. Y él, el gran diablo negro, el de las grandes alas negras, vuela victorioso sobre este mundo muerto, sobre los cadáveres pestilentes y sobre los árboles reducidos a cenizas y sobre las piedras que arden con llama roja.

Caminando por su dormitorio, procuraba evitar el paso sobre los cadáveres en putrefacción, sobre las piedras incandescentes. Se defendía con las manos del diablo negro que revoloteaba en el aire y a quien se dirigía en actitud de súplica:

—¿Por qué no me matas a mí también? ¿Por qué me dejas la vida? ¿qué mal hice yo para vivir sólo, eternamente solo, esta vida de tortura?

Cuando he visitado por primera vez al enfermo, en consulta con el Doctor C., le he hallado aún profundamente desorientado y en la verbosa exposición de sus ideas delirantes. Ponía la mayor atención a nuestras palabras pero no llegaba a darse cuenta del contenido de nuestras preguntas. No quería dejarse tocar, rechazándonos como al gran diablo negro de las alas negras. Invitado a escribir, rechaza la invitación; pero concluye por aceptarla. Interrumpe la escritura para fijar la mirada en el tintero y en el papel, para establecer, tal vez, una relación. He aquí lo por él escrito:

"Los días y las noches, quítate de allí, las cosas son tristes, muy tristes, todo está de luto fuerte, no fastidies majadero, gran diablo antipático, paia mí se acabó todo en este mundo y todo se ha terminado por que se terminó".

Todo esfuerzo desplegado para obligarle a continuar, resultó vano. Le hemos hablado, hemos vuelto a colocar la pluma en sus manos y valiéndonos de una mímica exagerada

le hemos repetido la indicación de continuar escribiendo. Nos ha mirado atentamente; ha contemplado en todos sentidos el lapicero que poníamos en sus manos. Y ha abandonado sobre la mesa los útiles de escribir, sin dejar de mirarnos con esa escudriñadora mirada que tanto nos impresiona por aquello de escudriñadora que tiene, cuando es un hombre sano el que así nos mira.

Refiere la familia que, durante los primeros días que siguieron al estallido de las ideas delirantes, han alternado en el enfermo explosiones de alegría pueril y de honda depresión; que ha manifestado episódicas hiperactividades; que ha dormido siempre mal y que, durante los días, se ha negado a tomar alimento.

Al hacerme cargo del enfermo, he recomendado un régimen de reposo y de desintoxicación y he hecho un tanto más real que lo era hasta entonces, el beneficio del aislamiento. Durante dos meses, las condiciones del sujeto no han sufrido cambio notable: apenas si algunos días el negativismo del sujeto hizo necesaria la alimentación a la sonda. Pero estos días han sido pocos; más aún, en vista del descenso alarmante de la curva de peso, ha sido posible instituir el régimen reparador de una sobrealimentación racional. Las crisis de violencia, aquellas que mayor alarma despertaban en la familia, se han alejado lentamente.

La convalescencia se ha iniciado al tercer mes de un tratamiento en el cual predominó el auxiliar a la naturaleza en su obra defensional y en el que tomó parte muy activa la reeducación lenta del sujeto. Al iniciarse el tercer mes de tratamiento, el enfermo ha comenzado a tranquilizarse, ha recuperado lentamente su orientación endo y exopsíquica.

Este enfermo que *ha visto al diablo* me ha producido la impresión de un caso de aquella entidad clínica que MEYNERT ha llamado *confusión mental aguda*. La causa ostensible de los trastornos psíquicos, aquella fiebre tifoidea de forma grave y sin repercusión inmediata sobre el sistema nervioso: el inicio agudo de los trastornos mentales, todo esto, así como la alteración profunda operada en los procesos perceptivos del sujeto, es favorable al diagnóstico de una confusión mental aguda, de uno de las psicosis de agotamiento de KRAEPELIN. Las alteraciones profundas de la percepción constituyen elemento de diagnóstico con la catatonía y el hecho del estado confusional aún en ausencia de toda excitación permite excluír la posibilidad de un estado maniaco. Y hacemos hincapié respecto a la catatonía y a la manía por que no es difícil confundir con ellas algunos estados de confusión mental aguda.

La historia de este sujeto que ha visto al diablo nos hace evocar una entidad clínica ya suprimida en los tratados de Psiquiatría: el llamado delirio demoniaco, la demoniomanía que, como su nombre lo indica claramente era, simplemente, un delirio a contenido demoniaco, incapaz de constituír una entidad clínica. Asi, la demoniomanía, en el campo psiquiátrico, sólo representaba un síntoma, en forma análoga a como la fiebre es sólo un síntoma en la patología general, y como tal síntoma podía formar parte del cortejo nosográfico de las psicopatías menos afines.

Diablos con los cuernos y cola, ya clásicos, en actitud de ofrecer las últimas tentaciones al agonizante o en actitud de llevarse al agonizante: reproducción de una popularísima oleografía titulada "La muerte del pecador", son visibles, por decirlo asi, en una entidad clínica que la Psiquiatría ha tomado tímidamente para ella: el *delirio febril*.

En un caso de *Chorea vulgaris* del que se ha ocupado recientemente el Profesor ODRIOZOLA, el inicio de los trastornos motores es acompañado de fenómenos alucinatorios a contenido demoniaco: el pequeño enfermo grita angustiosamente y denuncia la presencia de demonios amenazadores en la habitación.

He tenido oportunidad de asistir un caso de *delirio de colapso* en una puérpera que suplicaba, con el acento de la mayor desesperación, que no se le permitiera al diablo arrullar en sus rojos brazos el cuerpo del recién nacido.

Entre las *visiones* del delirio alcohólico, trastornos psico sensoriales de una grande intensidad afectiva, no son raras las visiones demoniacas: los enfermos asisten como ecuánimes espectadores al desfile macabro de esqueletos que danzan y de diablos que se congregan en danzas extravagantes.

En buen número de casos de la *Demencia Precoz* es de una grande frecuencia el delirio a contenido demoniaco: los enfermos asisten al espectáculo pavoroso de diablos que salen de la cama del paciente como si en esta se hallase el infierno y cuyo desfile es interminable.

Entre las invenciones de la *Demencia Paralítica*, entre esas invenciones que procuran compensar la pobreza de recuerdos auténticos de los enfermos, no son poco frecuentes las relaciones de la pintoresca discusión sostenida con el demonio, o de la conversación con él sostenida o de las noticias de que el demonio es portador ingénuo.

Una enferma, víctima de una *Psicosis maniaco depresiva*, refería a los médicos del Ma-

nicomio de Bologna, el orígen de sus sufrimientos, en la siguiente forma:

—El diablo se casó conmigo, sin padrinos y sin sacerdote y yo tengo cada día diez hijos que son diez diablillos.

Un epiléptico del mismo Manicomio de Bologna ha sufrido dos condenas en su vida: la primera cuando el sujeto contaba quince años de edad, por haber dado muerte a una ternera de propiedad de un vecino; la segunda, hace dos años, por haber dado muerte a un hombre que encontró en calle vecina a su casa. Este epiléptico, sujeto místico, sacristán de aldea, educado en la práctica de un ascetismo que le ha originado màs daños que beneficios, había victimado contando solamente diez años de edad, a un gato *que tenía los ojos rojos*, creyeado que este desventurado felino *llevaba el diablo en el cuerpo*. El mismo sujeto victimó a la ternera por que tambien *tenía los ojos rojos* y llevaba también el diablo en el cuerpo. Por último, victimó al hombre que, víctima resignada de un tracoma, tenía también *los ojos rojos* y debía, por tal motivo, llevar tambien el diablo en el cuerpo.

Como puede verse, la *demoniomanía* es sólo un síntoma que, a título de tal, puede presentarse en el curso de las mas variadas psicopatías. Tiene este síntoma su historia interesantísima, consignada en páginas lamentables de la Historia Médica, correspondiente a la mala andanza de aquellos desventurados que, en los siglos de ignorancia y de barbarie, tuvieron la desdicha de *ver al diablo* y pagaron con la vida el precio de su trastorno psico sensorial. Ver al diablo y referir esta visión constituyeron, en mas de una oportunidad, motivo suficiente para privar de

la vida a quienes tuvieron la desgracia de sufrir tales perturbaciones mentales.

Siendo tantas las vinculaciones existentes entre la Patología Mental y la Fisiología Mental, nada de particular que las visiones demoniacas en los psicópatas se hallen influenciadas por los conocimientos adquiridos por los sujetos en materia de demonios: un campesino, que sólo tiene de los diablos las noticias suministradas por el maestro de escuela o por el párroco, no coucebirá, en sus delirios a contenido demoniaco, los mismos demonios pue el señorito de ciudad que algo haya leído en torno a ciertas fantasías literarias a contenido demoniaco.

A título de comprobación puedo señalar el caso de una epiléptica que asisto en mi consultorio del Hospital "Dos de Mayo": esta pobre muchacha, hija de alcohólico y de alcohólica, ha comenzado a experimentar serios trastornos psico sensoriales: en plena Iglesia dice haber visto al diablo...... y haberle visto vestido de celador, nombre que damos en Lima a los agentes policiacos. ¡Es cuanto cabe!

LA PERSEGUIDA

Yo no sé si procedo bien al incluír entre mis Historias de Enfermos las cartas que me fueron dirigidas en tierra extraña, lejos de mi país y de los míos, por las manos de una mujer inteligente y culta, caida en la más triste de las tristezas, aquella que tan pocos consuelos tiene: la alienación mental. De buena gana reservaría estas cartas para leerlas en aquellos días, no raros, en que la memoria gusta de hacernos revivir los días vividos y de hacernos reir risas y de hacernos sufrir dolores que pertenecen al pasado. Pero tales cartas son tan *clínicas*, tan honda y tragicamente clínicas; ellas dicen tan bién de la elaboración progresiva de un delirio, que merece la pena incurrir en este pecado de indiscreción, en este pecado de infidelidad a la pobrecita enferma. Esta me perdonaria de buen grado si un rayo de luz volviese a brillar en la tiniebla de su razón. Y si le fuese dado volver a ser la mujer culta e inteligente, superior a los prejuicios y a las tiranías de la época, que ella fué anteriormente a esta enfermedad. Y, además, estas cartas, cuyo paquete deshago con cierta emoción, ya sirvieron una vez, au-

xiliando a los médicos, con mucha eficacia, en la formulación del diagnóstico. Allá van ellas:

* * *

San Pietro in Casale, setiembre 12, 1912.

Papá está ocupadísimo; no puede escribirle y me encarga hacerlo en representación suya. Yo cumplo y aprovecho el encargo para preguntarle si hace progresos en nuestro terrible dialecto. Sería necesario que lo hablase y escribiese. Asi le sería posible encantar a mis viejos que le quieren a usted como a un hijo, ya que mi hermano, el bribón del doctor X., le quiere a usted con cariño de verdadero hermano. El no ha escrito. Tiene la excusa eterna de la Clínica, de los turnos de guardia, de los enfermos. Menos mal que usted le acompaña y usted procurará darle algo de juicio, que buena falta le hace.

Yo he salido una sóla vez: pero el paseo me ha mortificado muchísimo. Estas buenas gentes de San Pietro in Casale *comienzan a mirarme como a una cosa rara*. Yo soy vieja y fea; pero de viejas y de feas está lleno el mundo y creo que no todas ellas hagan la admiración de las personas, Como no estoy resuelta a discutir con los vecinos, he resuelto recluirme. No saldré. A bien que en casa hay mucho que hacer: me servirá de entretenimiento y *a ellos* de fastidio.

Hemos enviado a mi hermano un pequeño regalo del cual supongo que le hará partícipe. Si no lo hace, escríbanos y ya le pondremos en su sitio.

Con la mayor estimación

Lina.

* * *

Setiembre 18, 1912.

Su carta me ha venido muy bien; por que tenía verdadera ansiedad de contarle a alguien las *ridículas empresas* de estos buenos campesinos que se han propuesto hacerme imposible mi permanencia en este lugar. Anoche, cuando me preparaba a acostarme, me he dirigido a cerrar la ventana que de mi habitación da al jardín y he *podido ver al jardinero que observaba mis menores movimientos*. Con la indignación que usted supondrá facilmente, he dado voces a las cuales han acudido mis viejos, la criada y ¡asómbrese usted! hasta el mismo jardinero. Este último ha manifestado que se hallaba en el jardín fumando su pipa, en momentos que yo he pretendido cerrar las ventanas de mi habitación. ¡Qué excusa pobrísima! Ha negado su delito. Y mi padre le ha apoyado, recordándome que el jardinero nos presta buenos servicios desde hace veinte años. *He creído observar que mi padre y el jardinero cambiaban una mirada de inteligencia*. La constatación me ha helado de espanto. Salúdeme a mi hermano y crea en la estima de

Lina.

* * *

Setiembre 21, 1912.

Comienzan a suceder *cosas verdaderamente extrañas* en esta casa. Esta mañana, nuestro jardinero *de hace veinte años* ofrecía

un raro espectáculo: el de un hombre viejo, cubierta la cabeza por un gran sombrero de paja, inclinada la vista hacia la tierra, que *removía misteriosamente*. Le he interrogado; he pretendido que me dijera *su secreto;* pero él no ha querido venderse. Ha corrido a su garita y me ha traído un ramo de flores. El estaba muy emocionado; pero las flores que me ofrecía *no son las de nuestro jardín*. ¿Por qué me trajo esas flores? ¿Qué *se proponen?*

* * *

Setiembre 30, 1912.

Perdone usted la pésima caligrafía y el laconismo de ésta. No tiene otro objeto que el de suplicarle se acerque usted al Profesor T. y le diga, en mi nombre, que *papá no está bien*. Algo extraño e inexplicable ocurre en él. Es necesario *que le salvemos*. Hasta en la salud del pobre anciano se ve una *influencia malsana*, que yo no sé en qué reside pero que *la siento en el ambiente, en el aire, en todo*. Refiérale todos estos particulares al Profesor T. y dígale que venga el domingo, a almorzar con nosotros. Si viene, se lo referiré TODO.

* * *

Noviembre 3, 1912.

Yo debía haberlo previsto. La enfermedad del profesor T. no debe llamarme la atención. El Doctor T. *ha caido también bajo la acción nociva de las influencias que me rodean*. Por esta razón le digo a Usted aho

ra, que venga. A mi hermano no le diga nada. El y usted podrían caer bajo el peso de *la negra*. Desde anoche tengo un dolor de cabeza espantoso. El Doctor R., que vino a verme, manifestó que la garganta no ofrecía lesión alguna. Pero lo ha dicho de *un modo* .... He pretendido observarme yo misma y no he logrado nada. Pero ¿qué hacerle? Creo que es el aire de San Pietro in Casale el que me hace daño. Me ha enfermado la garganta y el espíritu. No diga NADA A NADIE. Cuando se vive, como nosotros, *rodeados de enemigos*, toda precaución es poca.

* * *

Noviembre 15. 1912.

El Doctor R. *también está en el secreto del jardinero*. Es increible como el mal hermana inteligencias tan diversas en una comunidad de aspiraciones. El Dr. R. que, naturalmente, no le llega al tobillo al querido viejo de ustedes—hablo del Profesor AUGUSTO MURRI— es, sin embargo, un medico bastante correcto y medianamente inteligente. Pero, a pesar de todo esto, le he visto, esta misma mañana, estrechar las manos del jardinero e inclinarse al oido de éste para murmurar un secreto: *ese secreto se relacionaba conmigo; estoy segura. De otro modo, el Doctor X, no hubiese sonreído como lo ha hecho.*

***

Noviembre 20, 1912.

Esperábamos que hoy vendrían ustedes. Mi hermano nos había anunciado la visita:

pero la providencia de los médicos les ha evitado venir a esta casa en que *suceden cosas tan extrañas.*

***

Diciembre 1.° 1912,

Yo he recibido sus cartas: pero del tenor de ellas resulta que usted no ha recibido las mías. Me dice usted que me tranquilice; que no dé pábulo a mis nervios; que viva feliz en el afecto de mis viejos. Si; todo está perfectamente bien; pero todo ello no guarda relación alguna con las noticias que yo le he dado a usted, ni siquiera con los consejos que le he pedido. Y, sin embargo, es una cosa bien horrible: mis padres, LOS DOS, *están en relación misteriosa con las influencias extrañas;* parece que son ellos los más activos autores de este *complot* que me envuelve como una robusta tela de araña ó como la garra implacable de una ave de rapiña gigantesca.

Figúrese usted: anoche, creyendo que yo dormía, mis padres han hablado de mí. Mi padre hablaba muy alto y mi madre le reclamaba que bajase la voz para que yo no pudiese escucharle. En la voz de mi padre había una entonación extraña, como la de persona que hablase de un crimen por realizar. Mi madre lloraba; pero su llanto no era de pena y sí de remordimiento; menos fuerte que mi padre, ella lloraba por que una fuerza superior a ella la obligaba a actuar en contra mía. Después se han marchado los dos. Todo ha quedado en silencio. Pero había en el ambiente un *olor de delito:* he abierto las ventanas y he saltado ágilmente al jardín, en mi deseo de solicitar el amparo de los carabineros. Papá y mamá me han seguido y me han

obligado a volver a la casa. Nada les he dicho de mis temores; he procurado hallar una excusa a esta fuga vergonzosa. Defraudada esta esperanza de evasión, como defraudada mi esperanza de ser atendida por el Procurador del Rey, a quien escribí hace varios días, debo esperar resignada *lo que venga.*

Ellos me tienen completamente dominada, por entero a merced suya; *ellos* disponen de medios eficaces para impedirme luchar y defenderme; pero no he perdido toda esperanza: tengo la ilusión de poderles demostrar que una mujer fuerte, aunque vieja y fea, vale más que muchos hombres que de tales tienen a las veces sólo los pantalones que indebidamente visten.

* * *

Diciembre 10. 1912.

Ha venido el Profesor T. El *pobre* Profesor estaba muy bien antes de cambiar algunas *miradas expresivas con papá.* Desde aquel momento *todo ha cambiado.* Parece que le han hecho comprender la necesidad de internarme en un Manicomio. Quieren hacerme pasar por loca.

¡Pero parece increíble! La ley debiera proteger a una desdichada que *todos se empeñan en perder.* La ley debiera impedir que mis enemigos, cuya cuenta ya no me es posible llevar, ya que a los de *la lista anterior* debo agregar todavía el jefe de correos, el conductor del estanco y otros, consumen mi ruina. Anoche me han dado un baño caliente; una verdadera parodia médico familiar de las cal-

deras de Pero Botero. Y es curioso como el Profesor T. no se manifestaba tan empeñoso como el Doctor R. en que yo tuviese todo el cuerpo sumergido en el agua. Sin duda por que el profesor T. no hallaba decoroso *para un profesor de Universidad* servir de verdugo en una ejecución digna de otros tiempos.

* * *

Diciembre 22, 1912.

Parece que nos preparamos a volver a esa. Escribo estas líneas con lápiz, por que *hasta la tinta* me han arrebatado. Ellos, los malvados, quisieran arrebatarme el alma; pero no saben que...

* * *

No hay mas cartas. Ella no escribió más... en su casa.

El 24 de diciembre, en una noche de tormenta, cuando la *tramontana* precipitaba los copos de nieve sobre la cristalería de ventanas y balcones; la pobre Lina, burlando la vigilancia de las enfermeras que la custodiaban, ha abandonado la casa de sus padres y ha emprendido carrera insensata hacia la vía férrea. Un hombre ha intentado detenerla; pero ella le ha arrollado y ha continuado su carrera. Ha llegado a la estación del ferrocarril y se ha dirigido al carabinero que dor-

mía envuelto en su capa y que soñaba, tal vez, con otras *noche buenas* pasadas en familia, cerca del buen fuego de una estufa.

—Despierte usted y venga conmigo—le ha dicho Lina—mi padre ha intentado asesinarme.

El buen hombre la ha acompañado, pensando en cuan malos deben ser los padres que intentan matar en noche de *natale*, en noche que sólo al amor y al bien invita; en noche cuyos minutos parecen hechos para perdonar todas las ofensas y olvidar todos los rencores; para besar la nieve de los cabellos de las abuelas y para besar el oro de los cabellos de los hijos y de los nietos.

El carabinero no estaba obligado a poseer una cultura psiquiátrica de que uno que otro médico carecen. El acompañó a Lina y se hizo acompañar de dos carabineros que halló en su camino. No se tomó las molestias de un amplio interrogatorio.

El 26 de diciembre Lina fué recluída en "Villa R.", casa de salud del profesor N. Este mantuvo el lacónico y trágico diagnóstico del profesor T.: *paranoia.* Las cartas que Lina me escribiera fueron documentos preciosos para la elaboración diagnóstica, ya que ellas permiten apreciar la manera gradual de falsificación crítica operada en el espíritu de la pobre enferma.

Primero los vecinos, el jardinero después; más tarde el doctor R., más tarde su padre. Y después esas influencias extrañas, la negra, los secretos, las cosas raras. Todo ello traduce el delirio de persecución de Lina, en ese período en el cual el enfermo hace la impresión de una veleta que cambiara de dirección incesantemente; tal la orientación varia de su fondo delirante de persecución. Pasando de persona a persona, cambiando de forma y

conservando el fondo, este delirio de persecución que se conecta a la realidad por una verosimilitud característica; este delirio de persecución tan acentuadamente verosímil en la *procesomanía* de ciertos sujetos que la Sociedad no interna en los Asilos, concluyó por paralizar su mutación rápida y por fijarse en una persona sóla, en el padre desventurado de la desventurada enferma, contra quien formuló la acusación grave de filicidio frustrado.

En Lina, como en todos los paranoiacos, la desintegración psíquica no es de aquellas que impresionan vivamente al observador menos versado en achaques psiquiátricos; el déficit psíquico no adquiere proporciones considerables y puede pasar inadvertido para persona que, en una conversación, aleja involuntariamente al enfermo del vasto campo afectivo de sus ideas delirantes.

Lina, como todos los paranoiacos, está perfectamente orientada respecto al tiempo, al lugar, al ambiente físico y moral. Ella reconoce a sus médicos y a sus enfermeras, refiriéndose a cuya labor en "Villa R." lo hace con acento de la mayor simpatía y de la más sincera conmiseración. En la Casa de Salud, sustraída al ambiente familiar, produce la impresión de persona en perfecta salud.

Pero no hay que fiar de estos engañosos aspectos de la salud recuperada que tan frecuentes son en los paranoiacos. Lina, apenas acostumbrada a su nuevo ambiente, buscará en éste los sujetos de su persecución y hallará enemigos nuevos, nuevos cómplices de aquellos enemigos que actúan fuera de la Casa de Salud; descubrirá nuevos misterios, amenazadores como una robusta tela de araña o como la garra implacable de una gigantesca ave de rapiña.

Tal vez la desesperación la lleve a intentar la liberación suicida, cuando sus solicitaciones de defensa y de amparo no hallen el eco piadoso que no hallaron en el curso de la primera de sus crisis.

Pobre perseguida sin esperanzas liberadoras; pobre espíritu condenado a la perpetuidad de las angustias de la persecución; el porvenir no es piadoso para con ella y, por no serlo, no le ofrece siquiera, aquella espectativa doliente pero más tranquila de la Demencia.

LAS TENAZAS

Habla el enfermo: Habla tranquilamente, como si sus palabras evocasen la vida aventurera de un extraño; como si refiriese un cuento aprendido de memoria. Y es, sin embargo, su propia historia. Y es su propia vida:

"A la muerte de mi excelente madre, me entregaron a los cuidados de una Nodriza: una buena mujer que procuraba alegrar mis días y lo conseguía muchas veces refiriéndome cuentos de hadas buenas y de duendes traviesos. Aquella Nodriza tenía, entre otras, una manera rara de halagarme: riéndose alocadamente me besaba y me acariciaba y tenía un gusto especial en juntar sus manos en torno a mi cuello, en actitud amenazadora de una extrangulación. Nunca pude sufrir resignadamente esta caricia; tuve siempre, frente a frente de ella, una protesta ruidosa; pero recuerdo que, a despecho de esta protesta y de tal desagrado, esperaba todos los días que la caricia brutal se repitiese y cuando ella no me la brindaba espontaneamente, yo la evocaba, con voz temblorosa, el recuerdo de las caricias del día anterior, con una mezcla inde-

cible de temor y de deseo. Un día, la Nodriza fué despedida por mi padre y aquel día fué uno de los más tristes de mi vida; la pobre mujer estaba desolada y ese día presionó mi cuello con una intensidad enorme: creí morir al verla, encendido el rostro, salientes los ojos, anhelante la respiración, presionando enfurecida mi cuello. Dentro de la angustia del momento, me pareció que aquellos brazos vigorosos eran las dos ramas de unas tenazas gigantescas.

Aquella noche tuve un sueño muy inquieto y una pesadilla cuyo relato hizo reír de muy buena gana a mi padre; soñé que me hallaba en un campo muy grande rodeado por muchos millares de niños, que me amenazaban enfurecidos. De pronto, como en los cuentos, estos niños comenzaron a deformarse y a cambiarse en otras tantas tenazas, todas las cuales se inclinaban hacia mi cuello en actitud amenazadora. Yo imploré el socorro divino y entonces me hallé en posesión de una gran espada que blandí denodadamente contra mis agresores, a los cuales puse en vergonzosa fuga. Sólo después de esta pesadilla pude conciliar un sueño tranquilo y reparador.

Mi memoria conserva, entre sus mas lejanos recuerdos, el de unas grandes tenazas abandonadas en el huerto de la casa: cubiertas de moho, ellas abrían sus frías mandíbulas de acero, en ademán que se me ocurrió de una antropofagia repugnante. Viéndolas así abandonadas, evoqué la memoria de la maniobra extranguladora de la Nodriza, y pensé que esas tenazas del huerto dormían la siesta de una gula atenuada y hacían digestión silenciosa de huesos y carnes de hombre, ingeridas voluptuosamente. Se me ocurrió que las manchas irregulares de moho, aquellas que

interrumpían con sus tonos sangrientos la monotonía del color del hierro, eran manchas de la sangre de las víctimas del monstruo. Mis manos se tendieron hacia éste en un ademán amenazador; pero, al inclinarme hacia el suelo, experimenté una honda impresión de miedo; me pareció que aquellas mandíbulas de acero, crecían y crecían: que se hacían muy grandes, mas grandes que yo mismo; que se ajustaban a mi cuello con mayor fuerza que las manos de la nodriza y se cerraban fuerte y silenciomante, sin un sólo chirrido...... Corrí como un loco y fuí a refugiarme entre los brazos de la abuela, que recorría con sus blancas y huesudas manos las cuentas de un rosario que la habían enviado de Jerusalem.

Es posible que esta breve exposición de la dolorosa experiencia mía no corresponda fielmente a la verdad; es posible que, recordándola tánto y tánto, haya llegado a deformarla en uno que otro pequeño detalle; pero me cabe la seguridad o la ilusión de ser exactamente los mismos aquellos estados de ánimo que me proporcionó la contemplación de la máquina ignominiosa. Más aún: he llegado a pensar que esta experiencia mía, esta adquisición modesta de la imágen de unas enmohecidas tenazas abandonadas en el ángulo de mi huerto, ha sido para mí la más dolorosa lección de vida, lección imborrable que no ha podido llevarse el tiempo, que tanto mío se ha llevado. Ha sido así que todos mis dolores han tenido para mí algo del duro cerrarse de las ramas de unas tenazas y ha sido así que he asociado siempre la idea de dolor y la idea tenaza y que he vivido bajo la impresión de hallarme colocado siempre entre las dos ramas prontas a cerrarse y a victimarme.

Recuerdo haber puesto el *maximum* de mi atención en la contemplación de los herreros y de su rudo trabajo: sentía una profunda admiración por los dominadores del mónstruo; pero, al mismo tiempo, experimentaba una gran repugnancia por la familiaridad de esos herreros con la maquina aborrecida. Esos hombres de los rostros ennegrecidos y de las manos sucias y de los brazos vigorosos, cubiertos de sudor, se me antojaban otros tantos verdugos incapaces de comprender el dolor de las carnes desgarradas y de los huesos molidos.

Esos herreros, familiarizados con el trato de la máquina infame, contemplaban en las mandíbulas de acero desmesuradamente abiertas y cerrándolas con voluptuosa lentitud y devorando con insaciable voracidad, la máquina buena que les ahorraba esfuerzo y realizaba un trabajo que manos humanas hicieran en otros tiempos. Contemplando a aquellos obreros sucios del polvo de carbón y del sudor de sus carnes fatigadas, pensé muchas veces que así mismo debieron ensangrentarse los rostros y las manos aquellos verdugos de la justicia vieja a quienes precisaba matar para vivir, exactamente como mataban para vivir nuestros abuelos de la edad de piedra cuando el hambre les invitaba al homicidio nutritivo.

Una vez, siendo alumno distinguido del Colegio, sufrí mi primer fracaso escolar por obra de las malditas tenazas. Me examinaban en Geometría, que era "mi fuerte". La pregunta que me había sido hecha me era perfectamente familiar y yo me desenvolvía con aquellas demasías de audacia que ponemos los estudiantes cuando el peligro ha pasado y comenzamos a liberarnos de la acción inhibitoria del miedo. Era enfático y seguro

en mi exposición y miraba casi desdeñosamente al Agrimensor que servía de Jurado. Yo no sé si este buen señor sabía de mi enorme miedo de las tenazas; yo no sé si algún malvado se lo dijo. Ello es que el hombre, con una voz que se me ocurrió sepulcral, con una voz que me pareció venir de muy debajo de la tierra. pronunció estas palabras:

—Corrija esa bisectriz, Estévanez: la figura, tal cual está hecha, hace el efecto de unas tenazas..........

Yo volvi horrorizado el rostro hácia el fondo negro de la pizarra y con un espanto que no es comparable a espanto alguno, ví que allí estaba, no pintada en blanco como las figuras trazadas por mis manos, sino tal como la viera un dia en el angulo de mi huerto, aquella misma tenaza cubierta de moho, aquel mónstruo que me obligara a buscar dulce refugio en la tranquilizadora caricia de mi abuela. No recuerdo mas. Se habló del *paporretero* que era yo, se habló de mi supina ignorancía y de la habilidad pasmosa de aquel Maestro que tan fácilmente había logrado descubrir "mi débil". Repetí el curso, con la mayor pena de mi padre y con el mayor desagrado mio y procuré olvidar el problema del Agrimensor.

No es sin viva emoción que evoco el recuerdo de esos dias de mi vida escolar. ¡Qué leales y que sin interés se me ocurrían los amigos! ¡Cuán llena de alegrías y cuán huérfana de tristezas la vida!

Después vinieron los días malos. El pobre padre cayó enfermo y murió en unos pocos dias. Hubo necesidad de reemplazarlo en su trabajo, un rudo trabajo de oficina, rudo y embrutecedor, reducido a escribir en unos libros muy grandes unos números muy claramente escritos y muy marcialmente alinea-

dos. Los patrones aceptaron que el hijo heredara, a falta de mejor, aquel cargo que el padre había desempeñado unos veinte años. Yo comencé mi trabajo esmerándome mucho en hacer mis números hasta con una cierta coquetería caligráfica. Y estaba satisfecho de mis números cuando me detuve a contemplar el número 8. Viendo este número evoqué el espectáculo de las odiadas tenazas; el número mismo se me ocurrió un símbolo gráfico de la *idea tenaza* y, desde aquel momento, no me fué posible escribir un número 8 sin realizar esfuerzo enorme. Pero la ventralidad humana es tal que yo llegaba a escribir el número antipático y lo hacía con facilidad relativa cuando *él* no estaba sólo; cuando *él* se hallaba, pongamos por caso, entre el uno pretensioso y el nueve claudicante o el siete atáxico.

Una sóla vez sufrí, en toda su rudeza, el daño de aquella tenaza aritmética. Debía escribir lo siguiente:

187—Fondos de reserva..... L. 8.888.8.88

Conociendo los antecedentes que usted conoce, comprenderá el efecto que me produjo la visión de esta cifra: tuve la ilusión espantosa de una verdadera danza de tenazas; me pareció ver que los números malditos hacían relieve sobre el papel y se desprendían para iniciar una danza extraña. Aún me pareció escuchar la música de esta danza, monótona, con notas evocadoras de los cipreses del camposanto, de las tumbas recientemente abiertas, de las cruces de los piadosos brazos extendidos a todos los vientos, en perpetuo ademán de amparo de los que duermen el último sueño.

Todo el dinero representado por aquellas tenazas, que yo debía dibujar con mis propias manos y á las cuales debía dar vida, yo,

que de tan buena gana hubiese destruído las tenazas todas del mundo, no hubiese sido bastante á pagar mi esfuerzo titánico, ni para aliviar el dolor indescriptible con el cual mis dedos estrechaban desesperadamente aquel buen lapicero negro que animaba á mis enemigos, que les daba forma y color y que, dándoles tanto y tanto, ponía en mi espíritu aquel miedo tan grande de mi infancia, exactamente igual al miedo que he experimentado, ya hombre, cuando me he sentido sólo y débil en presencia del enemigo formidable y amenazador.

Durante el quinto año de aquella ocupación que el número 8 había hecho poco grata, mis patrones y mis compañeros hablaban, con frecuencia, del misterio de mi hermetismo y establecían comparación, para mi muy desfavorable, entre el silencio sistemático del hijo y la expansión alegre del padre, llegando á la conclusión del hecho de mi injustificado orgullo. Pude darme cuenta entonces de la ineficacia de la observación psicológica de la masa: me juzgaban orgulloso por la máscara que ocultaba mi humildad vergonzante. No sabían ellos que yo hubiese dado muchos años de mi triste vida y muchos de los dulces y vagos ensueños de mis fríos inviernos en cambio de la dominación, para todos sencilla, del disgusto que puede provocar la contemplación de unas tenazas.

Uno de mis compañeros, el más joven y el peor rentado de ellos, tomó mi defensa un día:

—No es orgullo—dijo—es tristeza...

Aquel chico tenía razón. Mi perpetua derrota me hacía sufrir horriblemente. Cuando escuché aquellas palabras, levanté los ojos del librote en que escribía y fijé la agradecida mirada en mi piadoso defensor. El si que no

tenía pena alguna que ocultar; en la amplia frente, ninguna arruga; en la serena mirada, ninguna tristeza. Asomaba á la vida con todas las generosidades de la juventud sana; con la tranquila apreciación de sus bríos; con todas las alegrías y optimismos de los que empiezan bien.

Mi defensor concluyó por ser mi amigo y yo concluí por hacerle la dolorosa confidencia de mis morbosos temores. La cosa pareció sorprenderle mucho y alcancé á ver en su rostro franco, rostro del que ha vivido poco y desconoce los beneficios de la máscara en la vida, una expresión de inquietud y de pena. Creyó haber penetrado el misterio de mi hermetismo y haber salvado la valla de mi silencio y haber llegado á la desolación de mi espíritu, apenas comparable á la del mar y á la del desierto, que es otro mar también.

Una noche, aquel buen chico me llevó a su casa. Era el cumpleaños de su madre y se hacía una pequeña fiesta. Era el de aquella casa un ambiente de sana alegría y de indefinible quietud y yo me hallé muy bien desde los primeros momentos. En aquella casa pobre y alegre, ante aquella anciana que, en el ocaso de la vida, gozaba el placer de la alegría de sus hijos, pensé en la posibilidad de olvidar mis viejos temores y de vivir como los demás hombres una vida vulgar, con sus banales episodios de dolor y con sus banales instantes de ventura. La buena anciana cuyos ojillos intentaban penetrar en el fondo de mi alma, siguió muchas veces la dirección de mi mirada y la halló fija en los grandes ojos negros de su encantadora hija. Lindos ojos negros aquellos que debían saber decir muy lindas cosas. Por un momento creí *verlos decir* una pena muy grande y por un momento creí *verlos decir* muy dulces y muy gentiles cosas.

Menuda y morena, con la amplia frente de una mujercita pensadora, ella me miró también, pero sólo hubo en su mirada la curiosidad que inspira la vulgar *cara nueva*.

Yo hablé muy poco, a despecho de cuanto hizo por hacerme hablar aquel excelente camarada que intentó hacerme el regalo de un baño espiritual de paz y sosiego. Á fiesta terminada, yo estaba más triste y más huraño. Me había sido dado ver de cerca una vida tranquila y, dentro de ese marco, una mujer encantadora, y esta visión me había hecho soñar una vida y un amor. Pero, en aquellos momentos de ensueño, vino a mi espíritu, gozándose cobardemente en mi tortura, la *idea tenaza*. Y vino en forma que puso lágrimas en mis ojos: las tenazas, aquellas mismas del huerto de mis primeros años, se estrechaban en torno al cuello delicioso de la encantadora morena. Y la cabecita triste y espantada caía pesadamente y aquellos ojos se abrían espantados y aquellos labios.......

¡Oh, que horrorosa pesadilla!

Mi amigo se intranquilizó al verme y me aconsejó consultar a un médico: seguí el consejo y referí a un médico toda mi triste historia.. El médico no concedió importancia al asunto; me dijo que los pequeños miedos, las fobias, como él las llamaba, eran compatibles con la normalidad y, en apoyo de cuanto decía, me refirió aquella que a él le amargaba la vida: la fobia de las alturas, el miedo de las alturas. Me aconsejó combatir mis temores por medio de la reflexión y me prescribió un preparado a base de fósforo.......

¡Combatir mis temores! Era fácil de decir; pero no se destruye facilmente aquello que, tal vez, es obra de muchos siglos. Por que he llegadc a creer que esta fobia mía es herencia de mis más remotos antepasados y que ella,

que yacía en letargo, ha sido brutalmente despertada por la Nodriza extrañamente acariciadora. He llegado a pensar que entre mis antepasados debió contarse algún ajusticiado de quien he tenido la desventura de heredar el terror de las tremendas tenazas homicidas...

Hubo un momento de mi vida, uno sólo, en el cual me consideré libre de la *idea tenaza*: fué la época de mis amores con Antonieta, aquella buena mujercita, alta y delgada, que cantaba con mucho sentimiento y se sabía de memoria muy lindos versos que declamaba muy lindamente. Viéndola y escuchándola, lo olvidaba todo y experimentaba una deliciosa embriaguez, que ella comprendía bien y que tanto parecía halagarla.

Una noche, en casa de ella, bebí mi primera copa de vino: me fué brindada por ella y bebí con placer. Me pareció nacer a una vida hasta entonces no sospechada; me sentí más fuerte, más dueño de mí mismo, más dominador; me consideré capaz de enfrentarme a las tenazas y de destruirlas todas entre mis manos vigorosas. A esta agradable sensación de una fuerza nueva, de un vigor insospechado, se sumó el espectáculo de aquella mujer bella que bebía conmigo y conmigo olvidaba tal vez otras tenazas amenazadoras y sanguinolentas...

Ella reía, reía y yo quería reír también. Ella me presentaba sus labios rojos y yo ponía en ellos los míos febriles...

Después... yo no se, en verdad, cuanto tiempo trascurrió en aquel dar y recibir de besos que sabían a alcohol... Un sueño muy profundo y un despertar espantoso... Aquella mujer... sus lindos brazos, que tantas veces cubrí de besos, los mismos que tantas veces rodearon suave y amorosamente mi cuello,

eran los brazos sangrientos de las maldecidas tenazas, brazos del acero cubierto de moho. Y se estrechaban en torno al cuello mío, ahogándome, triturando mis huesos, magullando mis carnes, con una sádica lentitud, con una felina lentitud...

Después... yo no sé... aquel cuerpo querido se agitó en convulsiones de perro estricnizado... después quedó rígido, inmóvil... La muerte pasó por allí...

Después, una prisión innoble... Unos médicos muy graves, que hablaban de *embriaguez patológica*...que hablaban de *epilepsia*... que hablaban de *locura*... de Asilo...

* * *

Calla el Enfermo. Su voz ha sido fría como el acero de las maldecidas tenazas. La mirada de sus ojos se fija en el espacio y allí permanece largamente, trágicamente...

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL XXVIII DE FEBRERO DEL AÑO MCMXXIII, EN LA IMPRENTA DEL ASILO "VICTOR LARCO HERRERA".

LAUS-DEO.